

Año XXX.

Madrid, Jueves 8 de Diciembre de 1910.

Núm. 48



Lo que harían, si pudieran.

TARJETAS POSTALES

A fin de destrozar por todos los medios al clericalismo, hemos puesto á la venta diez postales en colores.

Cada una de ellas demuestra gráficamente el caso que hacen los clericales de los que llaman Mandamientos de la Ley de Dios.

El precio de la colección (diez) es de una peseta, pero á los corresponsales y suscriptores se le pondrán á 75 céntimos si mandan 25 para el certificado.

Cada corresponsal y cada suscriptor recibirá gratis una tarjeta, para que se formen idea de cómo son.

EL CELIBATO ignominia eclesiástica

Querido D. José: Remito á usted, para que, si lo cree conveniente, los publique, pudiendo servir de prólogo esta carta, los siguientes documentos:

1. Recurso al Ministerio de Gracia y Justicia pidiendo la Justicia y Gracia necesarias para contraer en España matrimonio legal.

2. Mensaje á S. M. el rey en queja contra la morosidad de su ministro en despachar el Recurso.

3. Respuesta de la Real Intendencia dando cuenta de la orden de S. M. sobre el Mensaje.

4. Documentos justificativos. Carta del cardenal Casañas. Preces elevadas al Papa.

..

En primer lugar, Sr. Nakens, al entregar á la publicidad este expediente, debo protestar que no doy ingerencia al público, ni al Estado ni á la Iglesia, porque considere legítima su intervención en estos asuntos, sino sometiéndome á la violencia de la fatalidad brutal.

En segundo lugar, que, habiéndose perseguido en mí un carácter social, considero que es la sociedad la agravada, y que á ella debo denunciar la serie de atropellos de que ha sido víctima en mi persona por parte de la Iglesia, del Estado y de algunos de sus funcionarios.

Tercero. Que creo necesario la publicación de las ignominias que se desprenden de estos documentos, á la Patria, representada en el conjunto de sus nacionales, en prueba de la infamia á que la atan sus dos grandes enemigos: la Iglesia y el Estado, monopolizados ambos por partidos de gentes sin ley, sin discreción y sin espíritu de equidad.

Y cuarto. Que en este expediente he procurado desde el principio instruir un *Proceso* moral y jurídico contra el celibato eclesiástico y contra las bárbaras leyes españolas que lo imponen á sus nacionales, señalando á la opinión como responsables de las culpas del celibato originadas, á los funcionarios que se prestan á ser instrumentos viles de leyes que reconocen ser inicuas, salvajes y deshonestas.

Seis años he destinado á este proceso, que doy por terminado. En vista de todos estos documentos, espero que la conciencia pública me autorice para dar por fallado el proceso, y juzgue el indecoroso estado de un país, cuyos nacionales han de mendigar á los Estados extranjeros la sanción de sus derechos naturales para poner la familia, sacrosanta en todos los países, al brigo de los insultos indecentes de los códigos españoles.

Quizás el descubrimiento de esta vergüenza nacional mueva á la minoría republicana á hacer notar al Sr. Canalejas el desairado papel que ante la democracia mundial representa un ministro demócrata, funcionando como ejecutor y verdugo á las órdenes de la Inquisición Romana, en la más inicua y criminal de sus leyes.

Y pues á usted deberé el poder constituir mi hogar, deseo que vea usted el conducto por el cual llegue al público este *Proceso*, que enterrarían en el secreto las curias Romana y Española con recordadas.—Suyo,

S. PEY ORDEIX

Cerbère, Diciembre 1910.

Querido amigo Pey Ordeix: Publicaré su monumental escrito en un folleto, pues merece la pena de que se enteren de él muchas personas, para que lo hagan llegar á manos del mayor número posible de curas y frailes.

Esto sin perjuicio de irlo también dando á trozos en EL MOTIN.

Cuidarse, que hay mucho que hacer todavía contra el clericalismo, y hasta la vista.—J. N.

Er cura que está queriendo, hasta en sueños se figura que son faldas sus manteos.

DENUNCIA

La ha sufrido el número anterior, por la caricatura y por el artículo titulado *Consulta*.

No quiero creer que ni Canalejas, ni Merino, ni Fernández Latorre, presidente del Consejo, ministro de la Gobernación y gobernador civil, respectivamente, hayan tenido parte en la denuncia. Sería quedar por bajo de los mauristas, en cuyos tiempos no sufrió EL MOTIN ni una por supuestas injurias al clero.

Por lo tanto, creo que todo ha venido de ese fiscal, Sr. Mena, clerical de cartel, que ha tratado por ese medio de poner en ridículo al gobierno.

Porque no supongo que éste pueda cometer la torpeza de perseguir á los que le ayudamos á combatir al clericalismo, su enemigo declarado, implacable, procaz, canallesco y que no repara en medios para difamarle á fin de ver si logra derribarlo.

Sentiría convencerme de que el gobierno había intervenido en la denuncia; porque esto significaría que en España no hay ya partidos monárquicos, sino parroquias servidas por hombres que se conideran honrados besando ¡uf, qué asco!, los pies del Papa.

¡Blanquita como la nieve!
¡Lástima que er cape llán
de las monjas se la yev!

EL DELATOR de las "Hojas piadosas"

Ha habido un catedrático de Zaragoza, carlista él ó ignorantisimo del derecho, que bajo su responsabilidad hizo detener al vendedor de «Hojas piadosas» de Nakens y llevarlo ante el fiscal. El buen hombre se cree en pleno siglo XVII y lo menos se figuró que iban á quemar vivos al expendedor y á Nakens.

¿Cómo pudo er er tal cosa?

Siento lo que es y como es. El señor Rius, no Ruiz, como equivocadamente escribe un colega, es catalán de lo más cerrado, catalanista y carlista furibundo. Pocas personalidades más raras, estrafalarias y ridículas que la suya.

Se cree matemático, porque algo sabe de esa ciencia, sin llegar á notable ni muchos menos; pero por ahí decidió buscarse los garbanzos.

Años hace le conocimos en Madrid siendo auxiliar y luego profesor, si mal no recordamos, de la Escuela de Artes é Industrias, que siempre fué refugio y refectorio de nulidades neas incolocables. Distinguíase entonces por el uso de un traje de lo más extraño y de una bimba, castora, chistera, canoa ó lo que fuese; tubo, no, porque afectaba la forma cómica de los *catiles* gitano, aunque truncada mucho más cerca de la base que éstos.

Cómo sería, que, habiéndole propuesto alguien al claustro de profesores para la presidencia de una Comisión, todos exclamaron á una:

—¿Ese? ¡Imposible! Con una chistera como la que se trae no hay manera de valer para cometido semejante, y aunque valiera, al ser visto con tan ridícula facha, quedaría estropeado cuanto quisiera hacer.

Por unanimidad se nombró á otro. ¡Oh, la chistera cómica aquella!, ¡jamás, jamás!...

De la referida Escuela pasó á la Universidad de Zaragoza, donde no sabemos si aún os entará el cono aquél ú otro más raro.

Esto de las bimbis cómicas de su señoría tiene una explicación. El hombre es, ante todo, neo. Parece que estudió en el Seminario de Vich ó muy cerca de él. Pues bien, los seminaristas externos aquellos usan reglamentariamente chistera cómica y capa, ésta aun en lo más riguroso del verano. Rius no quie-

re desmentir la cepa. *Attēdite ad pe-
tram unde scissi estis.* Mirad la berio-
queña de donde os cortaron, dice la Sa-
grada Escritura.

Lo que sí sabemos es que en Zarago-
za hasta los neos y los curas se rien de
este señor y los que no son neos lo mi-
ran con no disimulada repugnancia; en
la Universidad se le detesta, no porque
sea negro, al fin sabe mucho más que
su jefe, D. Bartolomé Feliú otro indi-
gesto, pero huero como una cucurbitá-
cea de Torana, sino por no de la clase
de agresivos, delatores é intratables.

Perfectamente; el sujeto es así; pero
hablando en serio, señores demócratas,
la palabra impresa no atentante á la mo-
ral ni á la ley, ¿es libre aquí bajo el po-
der de ustedes, ó qué? ¿Estamos en el
Olimpo, ó en los dominios de Cierva?

Esas «Hojas» de Nakens están perfec-
tamente dentro de la ley. Tratan del
dogma, de la disciplina, de los curas, de
los frailes, de las cosas santas; las dis-
cuten, pero no las escarnecen; á nadie
se injuria ni se calumnia en ellas. ¿Que
se prueba que el ser ciudadano racional
vale más que meterse fraile? ¿Que se
presenta á San Ignacio tal como la His-
toria lo guarda y no como lo pintan los
neos? Todo esto es legal.

A los clericales les molesta que esas
«Hojas» se confundan con las suyas y
se lean y se busquen mucho más, por-
que están mejor escritas, con talento,
con *sprit*, y dicen verdades como tem-
plos. ¿Va el Gobierno á ponerse de par-
te de los carlistas contra la ley? Esta es
la cuestión, y la mencionamos porque
ya peca en historia esto de las «Hojas»,
que no dicen tanto como los rota-
tivos avanzados, y, sin embargo, todos
los días sale, no ya un Rius, sino una
autoridad que, abusando de su cargo,
detenga y persiga á los expendedores
de esas «Hojas», las secuestre y cometa
otros desmanes. Como se hace con los
protestantes, y éstos lo aguantan por-
que son unos mandriás más hipócritas
que los neos.

Va á ser necesario que copiemos esas
«Hojas», algunas de las cuales son pie-
zas notables por su estilo, por la admi-
rable concisión en que expresan con
pocas palabras ideas muy grandes, y
por la pericia con que sus autores re-
suelven cuestiones muy hondas, verdad
que á disgusto de los neos. ¿Qué le va-
mos á hacer?

¿Podrán, pues, los clericales repartir
impunemente sus hojas, llenas de in-
sultos á las instituciones y de otros aten-
tados al Código, y Nakens no podrá di-
vulgar verdades inofensivas y legal-
mente escritas, que creemos todos, des-
de el presidente del Consejo hasta el
último mono? Esta es la cuestión, es-
cueta, que sigue siendo tal cuestión, y á
la vez una ignominia, porque el Sr. Ca-
naleja no quiere que deje de serlo.

Y no quiere, porque, ¡vaya!, lo dire-
mos en castellano: cuando le dieron,
por no haber otro remedio, la presiden-
cia, le advirtieron:—No olvide, D. Jose,
que puede usted hablar y proyectar
cuanto le plazca; pero hacer, ni una piz-
ca contra la Iglesia... ¡Píscis!

UN CLÉRIGO DE ESTA CORTE

De pena me estoy muriendo
al ver la arrogante moza
que gasta mi reverendo.

Bandera negra

Los tiempos son de lucha, y de lucha
á muerte; y hay que sacar todas las ar-
mas depositadas en los Parques de la
Verdad, La Libertad y el Sentido Común.

Los clericales están hoy más envalen-
tonados que en tiempos de los conser-
vadores, y los carlistas, su guardia ne-
gra, más insultadores y procaces, como
si la España decente hubiera olvidado
ya que fueron siempre unos asesinos,
unos ladrones, unos incendiarios y unos
violadores, y que á ellos debe princi-
palmente su incultura, su atraso y su
ruina.

Para demostrarles que tenemos pre-
sentes sus infamias y sus crímenes, voy
á reproducirlos en folletos, como hice
en 1896 y 1897, si bien confeccionán-
dolos de modo más perfecto y añadien-
do los datos nuevos que me he propor-
cionado.

Y al efecto, y alternando con los fo-
lletos del *Apostolado de la verdad*, iré
publicando los de sus infamias y zañanías,
comenzando por la biografía del *Nuevo
Macabeo*, como llamaban al cura dan-
dido Santa Cruz.

En esta semana se pondrá á la venta
ese folleto, en las mismas condiciones
de los del *Apostolado*, al que seguirán
los de todos aquellos facinerosos que
tienen perfecto derecho á figurar en la
Cocción de fieras clericales.

Con que a preparar bilis, insultos y
calumnias, señores carco-clericales; que
ya veremos al final quién lleva el gato
al agua.

¡Chiquiyá! valientemente
te portas, queriendo á un fraile
tan feo y tan indecente.

Como *El Diluvio* dejó hace meses de
cambiar con *El Morín*, sin que yo sepa
por qué, no me hubiese enterado del si-
guiente artículo si no me lo envía un
amigo.

ANTICLERICALISMO É IRRELIGIÓN

«Vosotros sois el simula-
cro y nosotros la realidad.»
Volney.

Se ha sentado como un axioma in-
discutible, y corre por ambos bandos,
la teoría especiosa de que todo anticle-
rical ha de ser forzosamente irreligio-
sioso.

Los clericales han sido la fuente y
origen de esta afirmación, cuyo único
y exclusivo objeto es desacreditar y
hacer despreciables á los que no se
prestan gustosos é ser unidos á su car-
ro triunfador, y tal maña y arte se han
dado en propalar su aserto, que de su
campo ha pasado el peregrino *dogma*
al de sus contrarios, y hoy son muy ra-
ros los anticlericales que existen, al
menos en España, que no crean que
por el mero hecho de ser tales tienen
el deber inexcusable de ser irreligio-
sos.

Para los católicos al uso de estos
tiempos, todo el que no doble su cerviz
ante el obispo, el fraile, el clérigo, el
neo y la devota, y aplauda sus desafue-
ros, es impío é irreligioso. Es inútil que
no se ataque á las doctrinas, al cuerpo
dogmático, á los principios esenciales
sobre que se basa el catolicismo; si la
jerarquía eclesiástica y sus apéndices
no flotan sobre todo esto, eclipsándolo
con sus resplandores, caerá sobre el
osado el estigma de *anticlerical*, refor-
zado con la nota infamante de *irreligio-
sioso*.

—Yo soy católico, pero no clerical—
han dicho muchos hombres conspicuos
en España (Canaleja lo ha repetido
cien veces), pugnando por arrojar el
samborito que curas y obispos les
echaban encima.

—Tú eres un impío y un irreligioso,
porque pones tus manos, tu lengua y
tu pluma sobre la jerarquía instituida
por Dios y tratas de anular nuestro in-
flujo individual y social sobre los hom-
bres—han contestado á coro todos
aquellos que van englobados dentro
del vocablo *clericalismo*.

Y así está la cuestión y así estará
mientras exista la Iglesia católica so-
bre la tierra, mejor dicho, mientras
existan en el mundo religiones posi-
tivas con templos y sacerdocio, las cua-
les declaren unánimes por impíos á to-
dos los hombres que se apartan un
ápice de la línea que trazan los sacer-
dotes, sean los que sean, y les salen al
paso en su avance tiránico sobre las
conciencias y las cosas.

Que los clericales, que los perjudica-
dos en sus sueños de dominación om-
nimoda procedan así es odioso, pero
es explicable. Lo que es á todas luces
absurdo y le hace el juego admirable-
mente al clericalismo, es que los que
han sacudido su yugo y lo combaten,
también piensen así, no por convicción
propia, sino por sugestión indirecta ino-
culada en sus cerebros por los cleri-
cales, que han saturado de sus teorías
todo el ambiente social y moral que
respiramos y que derraman su virus
ponzoñoso hasta en esferas y regiones
que parecen inaccesibles á ellos.

Más claro: en España rojos y negros,
tirios y troyanos, juzgan que el anticle-
ricalismo ha de ir forzosamente acom-
pañado de la impiedad, y que no es lí-
cito levantar una palabra de protesta
contra la Iglesia sin antes trazarse so-
bre el pecho el lema de *irreligión*.

Así piensan el noventa y nueve por
ciento de los anticlericales, sin darse
cuenta de que este juicio se lo ha dado
hecho el mismo clericalismo, á quien
combaten con tanta furia, ni reparar
que esto neutraliza y hace estériles sus
más brillantes campañas. Más daño ha
hecho Tolstói á la Iglesia rusa siguién-
do los derroteros de su misticismo
exaltado, que Rousseau y Voltaire hi-
cieron á la Iglesia católica con su des-
enfadado exepcticismo, aunque ningu-
no de los dos tenían nada de irreligio-
siosos.

Para ser anticlerical no hace falta, ni
mucho menos, profesar una negación
absoluta: eso sólo se sostiene y se ve
en España. En Europa todos los debe-
ladores contra el catolicismo son hom-
bres de ideas religiosas y que llevan
algo dentro de su pecho; el que lo dude
que estudie las luchas y observe á los
caudillos que marchan á la vanguardia

del movimiento religioso anticatólico y anticlerical en Europa, de un modo especial en Alemania, Francia, Italia é Inglaterra, y se hallará con la sorpresa de que todos son hombres profundamente religiosos.

Claro está que esta *religiosidad* no es aquella cortada por la pauta y patrón de los clericales, ni aquella que entiende por tal el catolicismo y los que se hallan al frente, mejor dicho, comen, de las instituciones religiosas. Es una religiosidad que tiene origen más noble, miras más elevadas y frutos más eficaces y copiosos que aquellos de que blasona el catolicismo moderno. Y se concibe muy bien que los caudillos que cierran contra la Iglesia y el clericalismo sean hombres de espíritu religioso, porque de lo contrario serían lo mismo que ciegos repartiendo mandobles y cintarazos dentro de las tinieblas; se agotarían sus fuerzas y sus energías en luchas fantásticas, y al final de la contienda verían con asombro que los ídolos malditos todavía estaban de pie, y que el coloso del clericalismo, á pesar de tener sus plantas de frágil barro, continuaba orgulloso y erguido sobre su pedestal, desafiando á la razón. Quizás por no haber parado mientes en esto se han hecho tantas luchas estériles contra el clericalismo en España; porque es imposible que el hombre que lleva un caos dentro de su espíritu pueda contribuir de una manera eficaz á disipar las sombras que en materia religiosa cubren todos los horizontes de la vida española.

Es, pues, preciso que los anticlericales y los enemigos de la Iglesia se persuadan de que esta hidra maldita del clericalismo, para ser exterminada tiene que ser herida con un arpón perfumado, mejor dicho, fundido y amalgamado con las convicciones religiosas que dicta la razón, que es el arma, refiriéndonos á nuestra patria, que usan Corominas, Maeztu, el P. Ferrándiz, E. G. Blanco, Galdós, Dicenta, Blasco Ibáñez y otros muchos que están en la mente de todos, sin exceptuar al mismo Nakens, que es religioso, aunque el no lo crea, y se lo demostraré si hace falta, y con la cual podemos ir tranquilos á la lucha, seguros de obtener la victoria.

El pueblo está ansioso de *algo* que lleve en su alma y su conciencia el vacío que han dejado en ellos tantos sofismas como la Iglesia y el clericalismo amontonaron allí; los que hemos contribuido á desalojarlos estamos en el deber imperioso de señalarle los verdaderos derroteros luminosos que le conduzcan á su felicidad y á su regeneración. De lo contrario, seríamos reos de haberles quitado la frágil caña en que se apoyaban para empujarle mejor al abismo.

FRAY GERUNDIO

Y va de cuento, amigo *Fray Gerundio*:

Iba un hombre modestamente vestido en la delantera de un tranvía, cuando advirtió que una mano extraña buceaba en un bolsillo de su chaleco.

Sin inquietarse ni poner en su acento la sorna de un reproche, díjole al manipulador:

«Siga usted, siga usted á ver si tiene más suerte que yo. Tres veces he bus-

cado hoy en mis bolsillos una moneda, y no he conseguido encontrarla.»

Parodiando al ciudadano del tranvía, le digo yo á usted:

«He tratado en varias ocasiones de enterarme si quedaba en algún repliegue de mi espíritu una partícula infinitesimal de sentimiento religioso (en sentido católico, se entiende) y no lo he conseguido. Demuéstreme usted que lo tengo, y conseguiré darme una gran sorpresa y un gran disgusto.

Sorpresa, porque nunca lo hubiera sospechado; y disgusto, porque se me impondrá el convencimiento de que no hay defensa posible contra el microbio religioso, desde el momento que puede permanecer agazapado en un espíritu tan refractario á toda religión positiva como el mío.

Esta chiquiya la quiero,
por tener la condisión
de que no le gusta el clero.

Más recato, más recato...

Un cura de Torredelcampo llegó á Linares, y se fué al Café Oriental, donde predomina el género sicalíptico.

Y sea que se electrizarase en demasía con las contorsiones de las actrices, ó que le acometiese algún mareo, el caso fué que al levantarse de su asiento, vaciló, cayó en tierra y se fracturó la perna derecha por el tercio inferior.

Os recomiendo, ¡oh, presbíteros aficionados á la sicalipsis!, que la practiquéis con vuestras amas en el sagrado del hogar, ó con las beatas en los sitios donde la divina providencia os depare; mas no en los lugares donde los profanos se gozan en presenciaria, para no exponeros á lo que ese desgraciado de Torredelcampo.

Castigo de Dios, ó consecuencias del excesivo entusiasmo, el caso ha resultado deplorable para el interfecto y para el buen nombre y fama del sacerdocio.

Esto aparte del disgusto horrible que ha producido el hecho en éste vuestro humilde y constante, aunque poco afortunado moralizador.

Er dinero es un mareo;
en cuanto que uno lo tiene
ya tiene detrás á un neo.

Sacamuelas místicos

Del 3 al 11 de Noviembre estuvieron en Peraíche de misión unos redentoristas.

Uno de ellos declaró que toda la persona que leyera la prensa liberal estaba en pecado mortal; y al confesarle un penitente que leía *El Imparcial*, le negó la absolución, poniéndose hecho una furia. La escena se repitió con otros varios vecinos.

Aquello disgustó al pueblo en alto grado, y á no ser por el tacto y pruden-

cia del párroco y las autoridades, hubieran sido despedidos de mala manera al día siguiente.

Si cada vez que esos sacamuelas místicos van á pregonar por los pueblos el elixir de la *Salvación eterna*, se proveyeren sus habitantes de la *Hojita Piadosa* número seis, titulada *La Santa Misión*, se encontrarían con el recibimiento que merecen, y no turbarían la paz de los pueblos ni quitarían á los curas el pan de la boca.

A los árboles blandeo
y á un toro bravo lo amanso,
pero ¿quién amansa á un neo?

Canallada jesuíta

TRAICIÓN CONTRA EL EJÉRCITO ESPAÑOL.
—LOS JESUITAS ARROJANDO CABEZAS DE PORTUGUESES.

(Defensa de Fr. Bernardino de Cárdenas, página 191.)

Sucedió un caso muy notable, siendo Gobernador de la Provincia del Paraguay D. Pedro de Lugo y Nabarra; por que habiéndole los dichos Religiosos llamado con el pretexto de Portugueses y pedídoles socorro, fué el mismo Gobernador en persona con tercios de Españoles, vecinos de la Ciudad de la Asunción; y habiendo llegado á las Reducciones y Curatos de dichos Religiosos, no halló Portugueses en ellas ni en sus contornos, sino que le salió á recibir el Indio Cacique, llamado D. Nicolás Neenguiru, que refiere el *segundo testigo* en la Información arriba alegada en la quinta respuesta en la forma que allí se pone más por extenso.

Y viendo el dicho Gobernador que los Religiosos de la Compañía le habían engañado, les apretó á que le dijese y le llevasen á donde estaban los Portugueses, contra quien le habían pedido socorro, diciendo que no había de volver sin verlos.

Los Religiosos de la Compañía se recogieron y consultaron entre sí lo que habían de hacer porque no se echase de ver el engaño y no perdiesen la reputación que tenían con el dicho Gobernador, y resolvieron de enviar algunos Indios exploradores que buscasen si acaso hallaban algunos Portugueses por los caminos ó montes, y que ellos entre tanto *irían entreteniendo al Gobernador* que viniese con ellos, que le llevarían á donde estaban los Portugueses; y así, juntos, algunos Religiosos y muchos Indios armados le llevaron al dicho Gobernador por largos y desusados caminos, diciéndole cada día que luego habían de topar con los Portugueses. En fin, después de haberle llevado más de ochenta leguas fuera de sus Provincias, cerca del mar del Brasil, llegaron á un monte, y avisados por sus dichos exploradores de que detrás de él había algunos Portugueses pasajeros, Vasallos obedientes de V. M. (porque esto suce-

dió mucho antes del levantamiento), dieron al Gobernador que pasase aquel monte, que detrás de él estaban los Portugueses. El Gobernador, sospechando otra vez algún engaño, dijo al P. Diego de Alfaro (el cual gobernaba á los demás Religiosos indios con una escopeta de seis palmas en la mano y frascos de munición en la cinta, forrados de terciopelo verd.: «V. P. se quede aquí con estos Padres é Indios; yo iré con los Españoles á la otra parte del monte á reconocer los Portugueses.

Fuese el Gobernador con su gente buscando paso por el monte; pero como no era práctico en aquellas tierras, rodeó y caminó mucho antes de hallarlo. Entretanto, el P. Alfaro con los suyos tomó otra senda secreta, y pasado el monte dió en unos Portugueses pobres, desnudos, en calzones de lienzo y jubones, sin algunas armas, que caminaban y iban á sus casas. El Gobernador, oyendo la arcabucería, dió prisa en pasar y acudir á donde oía el rumor; pero por presto que salió al campo, vió que venían á ampararse de él hasta 16 ó 17 Portugueses, y tras ellos algunos Indios y Religiosos de la Compañía de Jesus con tres cabezas de Portugueses en las manos, y presentándolas al dicho Gobernador, se las echaron á los pies de su caballo, diciéndole: *Toma, capitán de burlas*, lo cual sintió mucho el Gobernador, pero no se hallaba en estado de hacer demostración con los Indios ni sus Religiosos. Ultimamente pasó adelante para ver si hallaba más Portugueses, y hallaron solamente uno quebrado el muslo y otros siete u ocho muertos en el campo, y fué tanto el mal gobierno y confusión de los Indios en aquella ocasión, que unos á otros se mataron con los arcabuzos, porque no acierten ni saben disparar, y entre ellos murió el dicho P. Diego de Alfaro de un balazo en la frente.

El Gobernador y todos los Españoles que estaban con él, se quedaron escandalizados de tal acción y lastimados de la muerte de aquellos pobres Portugueses, Vasallos de V. M., y se volvieron á sus casas sin ver más Portugueses ni peligros de ellos. De todo lo cual, y de otras muchas circunstancias y sucesos importantes, que no conviene referir aquí, hay información auténtica, fecha en la Ciudad de la Asunción en 21 de Mayo de 1649, por el Capitán Christobal Ramírez Fuenleal, alcalde ordinario de dicha Ciudad, de los cuales casi todos se hallaron presentes en la dicha acción, y se ha presentado en vuestro Real Consejo de Indias.

Podremos decir pestes de los jesuitas, y con razón siempre; pero la imparcialidad nos obliga á reconocer que por una cualidad que absurda poco: la consecuencia.

Tan canallas, traidores y asesinos fueron ayer, como lo son hoy. Para lograr sus fines no repararon nunca en medios.

Cuando se profesan de veras ideas anticlericales, se muere, como acaba de

morir en Barco de Valdeorras, D. Lisardo González Barrio, sin intervención de ningún cura.

Por esto las personas decentes de la población, haciendo honor á su entereza de carácter, fueron en número de 600 acompañando su cadáver al cementerio civil.

Y yo me honro tributándole este recuerdo.

De yorá tengo canales;
son como las de los curas;
carcula si serán grandes.

Trocatinta gracioso

Convengamos en que la cosa tuvo mucha gracia.

Creyendo repartir el sacristán de Riola unas Hojitas de esas estafalariamente estúpidas que imprimen los clericales, repartió las *Hojitas piadosas* de EL MOTIN que una mano civilizada había puesto en su lugar.

Al día siguiente el cura subió al pulpito con las de Caín, rogando á los fieles que no leyesen aquellas Hojitas, que él calificaba de endemoniadas y que habían llegado allí por obra de Satinás, suplicándoles que se las entregasen para quemarlas en la sacristía.

Y tan obedientes fueron los fieles, que le entregaron solamente unas cuantas de las quinientas que el sacris había repartido.

Lo cual prueba que en Riola hay personas de buen gusto literario y de honradez probada.

Mar tiro le den que muera
á aquer que contra mi gusto
me chapuzó la moyera.

A los reclusos del Penal de Burgos

Voy á contaros una anécdota.

Era Ministro de Gracia y Justicia el señor Romero Robledo; Director general de Penales, D. Federico Villalba; y médico del Presidio de Tarragona, don Alfredo Opi-so. Este último señor, compadecido del mal estado de salud en que se encontraba la población penal, dirigió una comunicación á la Dirección general diciéndola, entre otras cosas, «que había que mejorar el rancho de los confinados, pues todos estaban anémicos y de ahí paraban en tuberculosos.» ¿Sabéis lo que contestó el entonces Director general? Pues que se les diera á los presidiarios, no un rancho más sustancioso, sino *¡agua ferruginosa!*, como si los presidiarios no tuvieran bastante hierro con el que llevaban en la cintura, bajando hasta el tobillo.

Aplicaos el cuento, pues
todo está igual,
parece que fué ayer.

..

Los que hemos seguido paso á paso las *evoluciones progresivas* del Cuerpo de Prisiones; los que estamos plenamente convencidos que muchísimos de los honorables individuos que lo componen han hecho méritos suficientes para arrastrar la *ferruginosa* cadena; los que estamos al corriente de cómo *se piensan y se ejecutan* los planes en la Dirección general, hemos perdido la fe en que *se haga justicia*, y sabemos que en la cuestión de cárceles y presidios no se hará nada, absolutamente nada que tienda á mejorar la situación moral y material de los que, en un momento de arrebató y obcecación, faltaron á la ley escrita.

¿Que por qué yo, vuestro compañero de ayer, vuestro amigo de siempre, he perdido toda esperanza de que se os haga justicia? Por lo siguiente:

Cuando el actual Director general visitó la Prisión de Ocaña, le denuncié todos los chanchullos é inmoralidades que allí se habían reallizado, delante del director del Penal. Una vez en libertad, y desde las columnas de EL MOTIN, repetí la suerte, y me convencí de que el señor Navarro Reverter no haría nada, absolutamente nada, para que la justicia no fuera burlada. ¿En qué fundo mi afirmación? En esto. En el número 19 de EL MOTIN le decía:

«A los reclusos que trabajaban en el taller de sastrería, se les exigió que firmaran tres nóminas, importe de 1.200 chaquetas y 2.600 pantalones que se habían construido... nominalmente durante los meses de Julio y Agosto.

—¿Se ha enterado usted del negocio que acabamos de firmar?, me preguntó el jefe del taller de sastrería, después que se hubo retirado el *cabo de vara* encargado de legalizar los asuntos de la administración del presidio de Ocaña.

—No he puesto atención. Si usted hiciera el favor de explicarme el significado de la palabra *negocio*...

—Pues sencillamente, que hemos firmado la construcción (confección estaría mejor) de 1.200 chaquetas y 2.600 pantalones que no se han construido.

—¿Y qué les ha dicho, al exigirles la firma, el *cabo de vara* encargado de... estos asuntos?

—¿Que firmábamos las nóminas para no devolver el dinero al Tesoro, y que haríamos los trajes cuando el contratista mandase el paño.

—Ignoro si lo que hustedes han firmado es un negocio, repondí; pero al firmar la confección de los trajes, será porque á su vez el contratista del paño habrá firmado el recibí de los miles de pesetas que importan los cuatro mil cuatrocientos metros de paño que son necesarios para la construcción de los trajes, ¿por que cómo, sin haber adquirido el paño, iban ustedes á confeccionar las mil doscientas chaquetas, y los dos mil seiscientos pantalones? Repito que ignoro si se trata de un negocio; lo que sí aseguro, sin temor á que se me rectifique, es que han firmado ustedes una falsedad; pues lo justo, lo legal hubiera sido devolver esos miles de pesetas al Estado, haciéndole saber que no se habían podido gastar, porque el contratista no había entregado el paño.»

Seponed que en el Presidio de Burgos se han firmado algunas nóminas de trajes que no se han confeccionado, ó se han cargado a gunos trajes viejos como si fueran nuevos, y decidme:

¿Puede un Director general, que tales inmorales edades consiente, hacer justicia, ni prohibir á los directores y administradores que convivan con los contratistas de víveres? No, y mil veces no. Cuando el director de un presidio exige á los penados que firmen nóminas de trajes que no han confeccionado, es sencillamente, porque cuenta con que en la Dirección general no se enteran, ó si se enteran, que no le darán mucha importancia.

Vamos ahora á otro asunto; á transcribir los párrafos de una carta que escribe á El Motín un licenciado del Penal de Ceuta, y que ponemos á disposición del ministro de Gracia y Justicia. Dice así:

«Habiendo ingresado en el Penal de San Miguel de los Reyes el año 1900, al cuarto día de mi ingreso entré á trabajar en un taller, donde al poco tiempo tomé plaza, y de la misma me quedaba una pequeña cuota mensualmente, para el día que estinguiese mi condena tener algunos fondos.

Al ser trasladado el año 1904 al Penal de Ceuta, también fueron conmigo los fondos; pero al cumplir mi condena el año actual (19 de Octubre), me han dicho que no pueden darme mis ahorros, porque no tienen fondos en la caja; cuya cantidad asciende á 35 pesetas con 31 céntimos.

Resumen: que para llegar á mi casa, ó sea, para dejar atrás la distancia de cuatrocientas leguas próximamente, se han determinado á darme (no sé si será lo justo) nueve pesetas con 35 céntimos.

¿Le parece prudente llamar la atención de los señores ministros (éste se dirige á todos) para que entiendan si es lógico que recobre esa pequeña cantidad? Para si verdaderamente lo creen de justicia, le daré mis señas: Valle de Santa Ana, calle Baquera, núm. 37. José Corbacho Guzmán.

Pues ahora le detallaré los móviles que me han impulsado á hacerle la interrogación que antecede: El señor director del Penal de Ceuta, trató de conformarme con un recibo (lo que hacen con todos los que van cumpliendo), para que yo reclamase mis ahorros á la Dirección general, y que me los dieran cuando tuviesen fondos en caja. Yo le dije que lo que me hacía falta era lo mío, que yo no quería recibo. Y entonces me contestó el director (después de trabajar mucho para convencerme): que no podía ser, por las razones que tanto de la Comandancia general, (militar), como de la Dirección del Penal habían solicitado de los señores ministros y director general recursos pecunarios para abonarles á los individuos que fueran cumpliendo todos cuantos ahorros tuviesen; pero que ni por esas se los mandaban.

Y posteriormente me dijo: ¿Y qué quiere usted que yo haga en esto? Como no me mate usted á mí! Y me dijo más: Supóngase usted que esos fondos los hubiesen robado, ¿qué haría usted?...»

Si la pregunta me la hubiera hecho

á mí el director del Presidio de Ceuta, he aquí lo que le hubiera contestado:

¿Qué ha é? Robar, matar, que es á lo que ustedes me han enseñado; y no conformes con eso, me ponen en la puerta del Presidio en condiciones de continuar robando y matando...

Esto es lo que ocurre en España, esto es lo que, por desgracia para la sociedad, tiene que continuar ocurriendo en un país que cree trabajar en pro de la Reforma penitenciaria mandando representantes á los Congresos Penitenciarios que se celebran en Europa y América. ¡Qué sarcasmo!

Mientras la sociedad no haga esto que Sofía Casanova puso en boca de su protagonista de su cuento: «Recogeré á los licenciados de presidio, que, una vez encarcelados, la sociedad abandona»; aquí no hay que esperar ni justicia, ni regeneración, ni aminoración en la estadística del delito y del crimen.

ANSELMO SANTA CATALINA

La verdad, me da coraje tener por pírrico un tipo tan silvestre y tan salvaje.

Los pobres y la Iglesia

Palabras del obispo de Jaca en el Senado, á propósito del servicio militar obligatorio:

«Yo, en nombre de la igualdad, pido que los ricos vayan al ejército con sus haciendas, pero no con sus personas. Es una desigualdad irritante obligar al rico lo mismo que al pobre al servicio de las armas, porque el pobre solamente contribuye con su cuerpo, y el rico contribuye además con multitud de impuestos y gabelas. El rico, al ir al cuartel baja, y el pobre sube; mas no en igual proporción. Para el hijo de familia indigente es una felicidad el ser soldado: trabaja menos, come más, viste mejor, encuentra cama decente en cambio de las miserables pajas de su choza ó de su buhardilla. Pero ¿no sucede lo contrario á los hijos de familias pudientes y nobles? Vosotros lo posponéis todo á la igualdad, y en vuestros reclutamientos subsiste otra desigualdad inhumana y odiosa. El casado que no tenga prole ó tenga hijas solamente, no pagará esta contribución de sangre; mientras que el padre de muchos hijos varones habrá de pagarla muchas veces; tantas veces como sean sus hijos.

La igualdad se establece con mi sistema, llevando al cuartel los cuerpos de los pobres y el dinero de los ricos, pero en proporción de su riqueza y del beneficio que se les otorga. Sin embargo de lo cual, como por muy justo que sea el que no se trate igualmente á los ricos que á los pobres en el ejército, es más justo, es más necesario conservar la disciplina, yo, que permito la redención del servicio militar, protesto contra toda redención en las cargas y el tiempo del servicio militar.

Cuando en adelante ¡oh pueblo!, te hable alguien de que la católica es la religión del pobre y el desvalido, cóntale recordando esas palabras del obispo de Jaca:

«¡Embustero! La Iglesia opina que el pobre debe morir, para que el rico viva, ya que del rico saca ella los medios de vivir astuosamente en este mísero valle de lágrimas.

Sin que por esto deje de esquilmar y sacarle también los tuétanos al pobre.

VOCABULARIO CERDOSO-CLERICAL

Amados lectores míos:

Por si alguna vez tenéis que tratar con clericales y os veis precisados á emplear palabras indecentes para que os entiendan, leed atento los siguientes párrafos de un periódico católico apóstolico-riojano, y si retenéis sus palabrotas en la memoria y os decidís á emplearlas, tened por seguro que os podréis poner al diapason de la rabanera más desvergonzada:

"CALAHORRA

¡¡Católicos, ya es hora de sacudir la apatía!!

Con el único y exclusivo objeto —no concebimos otro— de desecristianizar y soliviantar al pueblo pacífico y honrado que ora y trabaja, se repartieron ayer profusamente, hasta el extremo de meterlas por las gateras de las puertas, unas hojas, diminutas por su tamaño, pero que en poesía ramplona llevan apareadas tantas necedades—antiguas por cierto más que el Cosque—cuantas son las *burras* ó estrofas que componen el desdichado esperpento, aborto de algún cerebro rebosante de masa clerofóbica y rabiosamente anticatólica y escudillado en un periodicocho impío para alimento de los borregos, que se nutren del pasto de la blasfemia, injuria y calumnia y demás hierbas venenosas que crían los cenagosos campos donde retoza el hampa, la golfería y la canalla.

El mamarracho, á la par que blasfemo é impío, es de una provocación audaz, insolente y descarada, no va sólo para cuantos profesan la Religión católica, sino aun para toda persona culta, educada y de orden que sepa guardar el debido respeto á que son acreedoras las creencias católicas; porque en la nauseabunda hoja no se difama vil y cobardemente á ningún político ni á ningún Jefe de Estado—se guardarán muy mucho de hacerlo esos que sólo son valientes con el débil é inermes, cobarde y vilmente se ultraja al Vicario de Cristo en la tierra, arrojando sobre su venerada figura una espuerta de injurias y denuestos para decir que es—pásmense ustedes—el «Anticristo» ¡Cabe ya mayor ultraje y afrenta!

¿Quién ó quiénes hayan sido los frescos que han osado manchar con su baba asquerosa la pura y genuina representación en el mundo del Verbo Divino hecho carne? No lo sé, pues hay seres menguados tan rudos y zopencos, tan astutos y rastrosos, que ya que no son capaces de coordinar una idea por sí mismos, toman de otro el engendro por desacreditado y bufo que sea, para herir á mansalva, como cobardes alimañas, á quien ellos consideran su enemigo.

Y sigue por este estilo defecando por la boca letrinesca.

Ignoro á qué versos se referirá el cerdo religioso que esos párrafos ha escrito; pero deben ser buenos, á juzgar por los gruñidos feroces que ha inspirado. Agradecería á quien tuviese al algún ejemplar que me lo remitiera, para so-

lazar me en su lectura, *ad maiorem dei gloriam*.

Has de vivir con más pena
que un cura cuando en su casa
los misioneros se cuelan.

Monjas aprovechadas

En un convento llamado el Beaterio de Santa María Egipcíaca, de Granada, se encuentra recluida la niña de catorce años Conchita Cuesta, cuya reclamación ha hecho su madre por todos los conductos, sin poder conseguir hasta ahora que le sea entregada.

Esta pobre madre, que con todos los derechos reclama la devolución de su hija, nos ha visitado para denunciarnos la conducta de las monjas del referido convento y de las autoridades de Granada.

La niña en cuestión disfruta una renta de cuatro pesetas diarias, de las cuales no se quieren desprender las aprovechadas monjas del Beaterio de Santa María Egipcíaca.

Esta renta, que se deriva del capital que á la niña la corresponde por parte de sus abuelos, es lo que á las «pobrecitas» monjas les induce á no desprenderse de la niña Conchita, ni á dar cuenta de ella á su triste madre, á pesar de las constantes cartas que ésta ha dirigido á la superiora del convento.

Llamamos la atención del Sr. Merino acerca de este atropello, para que, por conducto del gobernador de Granada, averigüe el paradero de esta niña, y pueda así su madre tener noticias de ella por conducto del ministro, ya que el gobernador tampoco ha contestado á las cartas que la desconsolada madre le dirigió repetidas veces.

España Nueva

Un Liberal... sin careta

Leo en un periódico de esta capital:

«Propaganda religiosa.—Una protesta Zaragoza».—Al medio día se encontraban en la plaza del Pilar dos republicanos repartiendo unas hojas de Nakens, que contenían gran cantidad de insultos para la Religión.

Los católicos que se dirigían al templo, una vez que se enteraron del contenido de aquéllas, despreciaban á los repartidores que se les aproximaban ofendiéndolos.

Un concejal carlista, señor Rius Cera, después de leerlas y consignar su protesta; obligó á los repartidores á que le siguieran al gobierno civil.

En la calle Alonso discutieron calorosamente, reuniéndose un gentío enorme, que fué disuelto por la policía.

Ya en el despacho del gobernador, el señor Rius protestó de la circulación de las hojas, significándole aquel que no las había autorizado, puesto que llevaban un pie de imprenta de Madrid.

No obstante, manifestó el goberna-

dor que las enviaría al fiscal, para que éste viera si contenían materia delicativa.

El asunto está llamado á dar mucho juego.»

La precedente noticia, dada con toda la intención de un miura (al menos así lo parece), creará cua quiera de mis lectores que es de un papelucho chico. Pues no; está tomada de *El Liberal*, de Sevilla, periódico que, según su título indica y él pregona á los cuatro vientos, es el campeón del liberalismo en esta región.

Todos saben nos lo que son las *Hojitas Piadosas* de Nakens; no un insulto á la religión, á pesar de que él con lógica irrefutable combate á todas por embrutecedoras, sino una diatriba constante contra los que hacen de las religiones mercancía para satisfacer sus ruines apetitos.

Este mismo *Liberal* fué el que anunció, muy en serio, en sus columnas la pasada Semana Santa, que uno de aquellos días, entre otras ceremonias por el estilo, se podían oír en la catedral las lamentaciones de Jeremías, y una vez concluidas se rompería el velo blanco (sic); noticia que, como comprenderán mis lectores, revestía una importancia suma para la mayoría de los asiduos compradores de la citada publicación, que, dicho sea de paso, la forma el elemento avanzado de Sevilla.

Otro día, si Nakens me lo permite, me ocuparé en estas mismas columnas de asuntos relacionados con la prensa de esta capital y de los vividores que tanto del uno como del otro bando medran al amparo de la estulticia del pueblo que los padece y sufre.

E. GIMÉNEZ DE MONROV

Sevilla, 3 Diciembre 1910.

Por permitido, compañero y amigo.

Abusos incalificables

Nos escriben desde Fuente del Maestre,ándonos cuenta de un abuso cometido por el alcalde de dicho pueblo.

En la noche del 14 del actual y hora de las once, tres agentes de la autoridad llamaron á la puerta de la casa donde vive D. José Zambrano.

Este, que se hallaba acostado (como todas las personas de su familia) se levantó, abriéndoles la puerta.

Los agentes aludidos le dijeron que sentían mucho darle la noticia de que iban por orden del alcalde á prender al joven Alfonso Zambrano, hijo del don José María.

El no está de asombro (pues ni él, ni ninguno de los individuos de su familia han dado jamás motivo para que las autoridades adopten con ellos medidas de ninguna clase), preguntó á los agentes qué es lo que había ocurrido, contestándole que el Alfonso había traído unas hojas que le habían visto aquella noche á unos muchachos.

—¿Y sólo por ese hecho el alcalde manda mo estar á estas horas á personas honradas?—preguntó el D. José María Zambrano.

—Y tenemos orden de que no nos vayamos sin él—respondieron los agentes.

La esposa del Sr. Zambrano y sus seis hijos comenzaron á llorar al enterarse de lo que ocurría. Sus gritos de dolor eran incesantes...

El gravísimo disgusto que la determinación del alcalde produjo en aquella honrada familia, se prolongó hasta las ocho de la noche del siguiente día en que aquéllas mandó sacar del calabozo al Alfonso Zambrano.

Hay que divertirse que la cárcel de la Fuente la constituye un sótano sin respiración, vertiendo agua las paredes.

Los que por su desgracia van á parar á aquella mazmorra, rean allí sus necesidades fisiológicas, y como nadie se cuida de verificar la limpieza de tan inmundo lugar, crecen el peligro de morir afixadas las personas que allí permanecen algunas horas.

Las hojas á que se refieren los agentes las mandó traer de Madrid por encargo de algunos amigos el joven Alfonso (que tiene corresponsales en muchos puntos, por dedicarse al negocio de las representaciones); son las denominadas «Hojitas piadosas», y pueden verse en todas partes como cualquier folleto ó libro.

El encargo fué hecho por que los amigos de referencia estaban cargados de recibir en sus casas y en los centros á donde concurrían otras hojas que les enviaban los clericales.

Los abusos que hemos relatado—el de la detención y el de mandar abrir una casa sin mandamiento judicial—son incalificables, y no se concibe que se hayan llevado á efecto ahora que, según se dice, hay un gobierno democrático.

Llamamos sobre el asunto la atención del señor gobernador civil y esperamos que impondrá al alcalde el correctivo que estime oportuno.

El pueblo de La Fuente, donde en otros tiempos se respiraba una atmósfera liberal, es víctima de la odiosa dominación de los caciques, que imperan allí con más despotismo quizás que en ningún otro pueblo de España.

Pero tiene un convento de frailes... y váyase lo uno por lo otro.»

Esto leo en *La Región*, de Badajoz.

Y *La Coalición* añade, que una beata apellidada Montero de Espinosa fué la que acudió al alcalde, un tal Vaca, pidiéndole que recogiese las *Hojitas*; y él, sin enterarse siquiera de lo que decían, procedió como queda relatado, prendiendo á los jóvenes Zambrano y Barrio, é incomunicándolos, como si fueran dos criminales.

Pero no paró aquí la cosa.

Un joven relojero, amigo de ambos, repitió al día siguiente la operación de repartir las hojas, y le echaron mano en seguida.

Cuando le conducían á la cárcel, se le ocurrió decir á un mozo de campo que aquél era una injusticia, y para qué quisó más; cayó inmediatamente sobre él un tremendo golpe, con heída de consideración, que empezó á brotar sangre en abundancia, sin que esto fuera óbice para que lo metieran en la cárcel, no accediendo la autoridad local á

los ruegos de la madre del herido, que le pedía, no libertad, sino licencia para curar al hijo de su alma.

Y lo que era consiguiente: al ponerse en pie para recibir los auxilios médicos el infeliz campesino, después de catorce horas en el encierro, y en el mayor abandono, cayó desplomado por la pérdida de sangre que había tenido, disponiendo entonces el traslado á su casa.

Y termina *La Coalición* con estas palabras:

«Sr. Gobernador:

Las autoridades que con tal desigualdad reparten la justicia; las que mientras ven tranquilamente el reparto de Hojas en que se insulta á una parte del pueblo, atropellan á la otra cuando se dispone á contestar á las ofensas en la misma forma que las recibiera, son indignas de ejercer tal cargo y merecen de su parte la corrección para que las leyes le autoricen.

Se puede ser todo lo clerical que se quiera; se puede tener un proceso pendiente por cuestión de aceituna, según se nos informa, y se puede ser Alcalde más ensato al repartir los dones de la justicia eligiendo los guardias entre personas de buenos antecedentes; pues elegirlos, según se nos dice, entre licenciados de presidio, por crimen, es algo que pudiera hacer el retrato moral de un Alcalde.

Veremos si D. Mariano Martínez del Rincón toma la parte que le corresponde en este asunto.

En cuanto á los frailecitos de Fuente del Maestre, aunque ocultos, principales culpables de todo esto, cuando les llegue la mala, cuando los odios que el pueblo va acumulando se desaten, chillen como lo han hecho ahora los de Portugal, que están recogiendo lo que sembraron, y no todo.»

Gracias á ambos queridos colegas por lo que han dicho; y dispénsenme si no comparto con ellos la esperanza de que se proceda contra ese alcalde ni contra ninguna de las autoridades que en varios puntos han faltado á sus deberes atropellando á los repartidores de *Hojitas piadosas*.

Los gobiernos liberales no tienen independencia en España para castigar los desmanes de la chusma clerical. Por esto hay que concretarnos por hoy, á indicarle constantemente al pueblo dónde están sus enemigos.

Y aguardar.

Esto es público y notorio:
no hay filón más productivo
que bendito Purgatorio.

Otro tirteafuera

En un periodiquín carcatólico de Játiva viene un artículo lleno de lugares comunes rebuznando también contra las *Hojitas piadosas* repartidas en Alendia de Crespins.

Contestaré al artículo cuando reciba unos datos que me han ofrecido acerca

de los católicos que abusan de solteras y las abandonan luego; de otros que estaban á los socios de una Caja de ahorros; de otros que tienen cuentas pendientes con la justicia por delitos de esta; y entonces demostraré cumplidamente que casi las únicas personas dignas y patriotas en todas las poblaciones son aquellas que reparten y leen las *Hojitas piadosas*.

Como que son las que tratan de evitar que los clericales acaben de arruinar á España en otra nueva guerra civil.

Un P. Cardona ha dicho en San Celoni que ninguno de los que leen *El Motin* son personas de bien.

Hay que perdonarlo. Así como el ciego no distingue de colores, los curas y los frailes no pueden saber lo que son personas de bien, por no tratar más que con las de su clase.

Y con beatas y beatos.

Por los mismos filos

He aquí el extracto de algunas leyes y ordenanzas sacadas de los códigos de los emperadores Constantino, Honorio, Teodosio y otros protectores del cristianismo, que sirvieron de instrumentos, por sus miras políticas, á la intolerancia y al espíritu de venganza de los cristianos de su tiempo:

«Que la superstición cese. Que la locura del culto pagano sea abolida. Que á cualquiera que se atreva á contravenir esta orden se le apliquen las penas impuestas por la ley.»

Y más adelante:

«Nosotros queremos que todos renuncien al ejercicio del culto pagano. Si alguno desobedece, que caiga bajo el hacha vengadora.»

Estas muestras bastan en cuanto al culto; he aquí algunas disposiciones respecto á las personas:

«Prohibición de aproximarse á los templos paganos en ningún sitio ni ciudad.

«Pena de muerte contra cualquiera que visite los templos, encienda el fuego en los altares, haga libaciones, quemar incienso ó adorne las puertas con flores.

«Los que vuelvan á su antigua religión mueran civilmente, y entréguese sus bienes á sus parientes más próximos.

«Los sacerdotes paganos sean expulsados de la metrópoli y vigilados. Sean castigados con la muerte aquellos que sean cogidos en infraganti delicto de practicar el culto.

«Los gobernadores de las provincias y oficiales públicos son responsables de la ejecución de estas leyes bajo pena capital y confiscación de bienes.»

Como quien quita la ocasión quita el peligro, mandaron también destruir cuanto pudiera incitar á la práctica del culto prohibido:

«Ciérrense, destrúyanse, arrásense los templos.»

Y añade la ley:

«Porque extirpando los edificios se extirpa la materia misma de la superstición.

«Orden de derribar en todas partes las estatuas, imágenes y altares. Que se cierren las escuelas y se arrasen sus edificios.

«Conságrense las rentas del clero pagano á pagar los sueldos de la tropa.

«Los edificios consagra los á la religión, que no sean destruidos, entren en el dominio del Estado y destínense á usos civiles y públicos.

«Toda propiedad privada en que se practique el culto antiguo ó se quemar incienso, sea confiscada en beneficio del Estado.»

Como vemos, la Iglesia se impuso siempre por los mismos procedimientos: la violencia, la muerte, el exterminio...

Y como la Iglesia es la poseedora infalible de toda verdad, debe tener á orgullo el que, si un día viene la nuestra, la imitemos, reproduciendo y aplicando esos persuasivos decretos.

La religión del dinero

La campana grande de Viterbo había anunciado desde el alto Capitolio la muerte de muchos Pontífices y la demoralización é impiedad del pueblo iban en aumento. La Roma papal no sentía el menor respeto por la antigua Roma, á la que odiaba con todas sus fuerzas. Los Pontífices habían sido, ora vasallos del Imperio bizantino, ora lugartenientes de los reyes francos, y en ocasiones árbitros del mundo. Su situación y su gobierno habían cambiado como el gobierno y la situación de las naciones europeas. Sus máximas políticas, sus miras y sus pretensiones se habían modificado; pero había un punto en el cual persistían ciegamente: la intolerancia.

El gobierno romano, considerándose centro de la vida religiosa en Europa, negóse constantemente á reconocer que pudiera existir una religión fuera de su dominio, y, sin embargo, estaba devorado por la gangrena. Erasmo y Lutero habían oído con sorpresa y terror las impías blasfemias de la sociedad romana.

Por otra parte, Guillermo de Malmesbury dice, que en su tiempo los romanos traficaban con las cosas santas. Según él, nada había cambiado. La Iglesia hallábase convertida en fábrica de dinero. Se imponía á Italia exorbitantes tributos, y los demás países de Europa tampoco se libraban de la rapacidad eclesiástica. El más funesto de los medios empleados fué la venta de indulgencias, es decir, del derecho de predicar. La religión, tal como se entendía en Italia, era el arte de saquear á los pueblos.

J. W. DRAPER

COSAS QUE HE DICHO

Algunos colegas me preguntan qué es lo que quiero y cómo lo quiero. Y voy á complacerles.

Quiero una República que legisle y gobierne, y tenga la mano tan dura para reformar como para castigar.

Para llegar á esa República, necesitaría primero que cada partido piegara su bandera.

Una vez unidos, deberíamos compulsar nuestras fuerzas, y si eran bastantes para intentar el esfuerzo supremo, á ello; y si no, á permanecer arma al brazo acechando el momento oportuno.

Debería constituirse un directorio revolucionario compuesto de personas caracterizadas de los tres partidos, que allegasen fuerzas extrañas y organizarasen las propias, con la autoridad que la unión les prestaría.

Conseguido el triunfo, deberíamos formar un gobierno de hombres enérgicos y de talento que en los ocho primeros días hiciesen la revolución en *La Gaceta* y tomasen medidas que impidieran el alzamiento carlista.

Y después se acordaría reunir unas Cortes, para que dieran fuerza legal á lo hecho dictatorialmente.

¿Proclamaban esas Cortes la República unitaria? Pues á defenderla contra el enemigo común, sin dejar cada uno de trabajar por la implantación de su ideal respectivo dentro de las vías legales.

¿Proclamaban la federal? Pues lo mismo.

En suma, que ocurriese lo contrario que el 73: que gobernasen los de arriba y no perturbasen los de abajo; que las Cortes legislaran y los ministros aplicasen las leyes.

Y como la nación viera que, pasadas las convulsiones naturales en todo movimiento revolucionario, implantábanse reformas salvadoras y sosteníase el orden, se pondría resueltamente á nuestro lado.

Lo urgente es reintegrar á la nación en su soberanía, aboliendo los poderes inamovibles é irresponsables. Luego, ella verá lo que ha de hacer.—1892.

En la puerta de la iglesia de Santa María, de Barcelona, se ha colocado una lápida en el sitio donde había pedido limosna San Ignacio de Loyola.

Pues si se pusiera una lápida en todos los sitios donde estafan los sucesores del santo, España parecería un cementerio.—1887.

Noticias que tumban de espaldas:

«La universidad de Granada, entregada al arzobispo; los médicos arrodillados ante San Pantaleón; los *republicanos* dándose golpes de pecho en las procesiones...»

«El ayuntamiento de Valencia va á gastarse unos miles de pesetas para festejar el nombramiento de obispo de un hijo de aquella población. *Ningún concejal republicano se ha opuesto á semejante despilfarro...*»

«El alcalde de Manresa ha suprimido el instituto de segunda enseñanza que á fuerza de sacrificios y rudas batallas había creado allí el elemento liberal. Los jesuitas están contentísimos, doblemente por blasonar de *republicano el alcalde...*»

Más fanáticos, menos liberales, y por de contado más cobardes que los monárquicos, me van resutando muchos republicanos de los que mangonean por los municipios. Hay que barrer esa mala semilla.

¡Bonita situación sería la de España entregada á esos republicanos de Carlos *Chapa!*—1894.

Los dependientes del municipio de Girona han arrancado de cuajo y hecho astillas un árbol de la libertad plantado en 1869.

Va sé por qué. Porque no daba bellotas.—1885.

Estamos mal, muy mal; y lo peor no es que los de arriba sean como son, sino que seamos peores los de en medio, y que en los de abajo haya también bastantes maleados.

Claro es que lo bueno abunda en el partido más que lo malo, pero pasa lo que con las mujeres honradas; apenas se las ve, porque no se exhiben.—1896.

En algunos instantes pienso que hacemos un triste papel los que nos empeñamos en desasnar á los que les gusta ser asnos, y en redimir á los que gozan siendo esclavos.

Afortunadamente pasan pronto esos instantes, y vuelvo á mi aforismo: «Precisamente por ser asnos y esclavos, necesitan de nosotros.»

Y prosigo mi labor, mal apreciada y peor agradecida, pero que me deja contento de mí mismo.

Si tuviera un papá allá arriba, como lo tuvo Cristo, acaso exclamaría:

¡Perdónalos, Señor, que son muy brutos!—1892.

La bella Otero posee la enorme suma de dos millones de francos, sólo en brillantes, esmeraldas y zafiros regalados por sus amantes.

¡Gran lección de moralidad para las chicas guapas que andan por esas iglesias destrozándose las rodillas!—1888.

Murió Dulong en Zaragoza. Su fama justa y merecida de honrado y consecuente, no he de encarecerla: era proverbial en Aragón y se extendía por toda España. Se le citaba como modelo de revolucionarios y de hombres valerosos.

EL MOTIN comenzaba por entonces á publicar retratos, y me apresuré á dar el del republicano aquel en quien nadie ponía tacha y á quien todos admiraban. ¿Quién no querría, sobre todo en Zaragoza, poseer por *quince céntimos* el retrato de un revolucionario que tantas simpatías y respetos despertaba? Esto pensé.

Mas ¡oh desencanto! En *todo Aragón* se vendieron *ochenta y tres* números de EL MOTIN más que de costumbre, y en *toda España* unos *cuarenta*.

Quedé anonadado. Si el valor, la honradez y la consecuencia, me dije, no despiertan ya entusiasmo entre nosotros, ¿cómo estamos y á qué cuerda responderemos?

Mas tarde me lo he explicado: tener á la vista las facciones de un hombre tan leal y tan dispuesto siempre al sacrificio, antes que orgullo, podría producirnos vergüenza: vergüenza por no atrevernos á imitarle.—1892.

El ejército de la República está acampado hace tiempo, esperando la orden de partir, que no le dan los jefes republicanos.

¿Qué mucho que la indisciplina nazca, se extienda y perdure?—1892.

Un periódico conservador se queja de que ya no se escribe con ingenio, sino con insultos.

Como tampoco se usan las mismas botas para bailar en un salón, que para pisar lodo.—1885.

Bien. Pues á pesar de todo, yo no me avengo á aceptar la idea tan extendida y pregonada de que España no tiene remedio.

Lo que veo no es realmente consolador. Una nación que todo lo sufre y soporta; que pierde colonias y calla; que no come y apenas se queja; que ve su territorio invadido por los frailes y permanece quieta; que se ve abrumada de tributos y los paga; que no protesta de leyes que la arruinan; que no se atreve á alzarse contra el caciquismo; que no truena contra aquellos de sus representantes que van al Congreso á consentir que el clericalismo acabe de remachar sus cadenas; que ve imposible emigrar sus trabajadores á África y América, etcétera, etc., una nación así no parece en condiciones de regenerarse. Y, sin embargo, se regenerará.

Su actual indiferencia, su quietismo y su resignación se trocarán algún día ¡así esté cercano!, en una suma tal de energías salvadoras, que rescatará en un mes lo perdido en treinta años.

Esta es mi convicción y esta mi esperanza, á pesar de que en ciertos instantes dé la nota pesimista. Si la falta de hombres abnegados, inteligentes y duros hiciera después infructuoso el esfuerzo, entonces y sólo entonces confesaría yo mi engaño.

Pero ni aun este temor abrigo. Sobre-

án hombres á la altura de las circunstancias. El que no los veamos ahora, no quiere decir que no existan. ¿Quén les hubiera dicho á los franceses antes de la guerra, que Thiers se ía el primer presidente de la República?—1905.

En algunos pueblos de la montaña de Cataluña hay vecinos tan supersticiosos, que obligan á los animales domésticos á pasar el Viernes Santo sin probar alimento alguno, resultando así que la penitencia es para los pobres animales y para ellos la economía.

¿Qué mane as más raras tienen de explicarse á Dios algunos devotos!—1893.

Pensamiento de un jefe republicano.

«Si en tiempo de guerra se puede considerar obligatorio para todos los ciudadanos el servicio de las armas, no cuando se necesita un corto número de batallones y escuadrones para garantizar la libertad y sostener el orden.»

¿Con que en un país donde los carlistas están organizados, y el clero, su amparador y sostenedor, tiene cada día más influencia, sólo se necesita un corto número de batallones y escuadrones?

Esta propaganda anticuada, si algún efecto produce, es contraproducente para la venida de la República.

H y que prepararse en la paz para la guerra, so pena de encontrarnos como en 1873, sin fuerzas que oponer al carlismo ni al cantonalismo, y teniendo que crear aquellos batallones de francos que para nada bueno sirvieron.

Una cosa es oponerse al sostenimiento de cargas que el país no puede soportar, y otra predicar teorías irrealizables en el estado actual de España y de Europa.—1892.

Hay 28.539 monjas en España.

¡Pobres mujeres, víctimas del fanatismo, la inocencia ó la ignorancia, cuando no de ajenos cálculos egoístas!

El que les abriera las puertas, merecería bien de la humanidad.—1893.

Los conservadores han resucitado la teoría del abate Constant, el que decía que Cristo protestó contra la propiedad muriendo entre dos ladrones.

Entre dos ladrones de tres al cuarto, pues si llega á ser entre dos conservadores, le quitan hasta las enaguillas en el mismo Calvario.—1885.

Los descarrilamientos están á la orden del día. Apenas pasa una semana en claro.

El causante del ocurrido junto á Belmez, en el que hubo siete muertos y 21 heridos, fué el jefe de la estación de Vacar, quien declaró lo siguiente:

«Castíguenme como quieran, pero conste que llevo tres años sin desnudarme, que soy jefe, factor y mozo, y todo por once reales en una línea donde pasan cada día 22 trenes.»

Habría para echar á presidio por esa declaración á todos los jefes de la compañía, consejeros y demás egregios explotadores.

Pero como don Témis reserva sus energías para reventar al que roba por hambre un panecillo, no haya miedo de que mande á presidio á ninguno de ellos.

Que esta es España.—1901.

Ha muerto el obispo carlista y catalanista Morgades. Y sin sacramentos, como morirá este irreductible impío.

Siento que haya acabado de ese modo, no porque se condene, pues esto me tiene sin cuidado, si no porque de esta manera voy á encontrármelo en los infiernos el día que yo aporte por allí. Y como me era tan antipático...

Dicen que ha dejado una porción de millones el buen pastor. Si, vamos: por imitar á Monescillo y á aquel Ramírez, de Badajoz...

Como la religión cristiana ensalza la pobreza, se dedicaron esos señores á dejar sin dinero á sus diocesanos, para que alcançasen el mayor grado de perfección.

Esto se llama sacrificarse por el bien del prójimo.

¡Y siga la farsa!—1900.

Inglaterra continúa cometiendo salvajes en el África del Sur.

Para no ser católicos, no se portan del todo mal.

La B b y la cerveza cumplen su misión.—1900.

Todos los días que sale El Motín, lo denuncian y lo secuestran. Me causan grandes pérdidas, pero me halaga mucho poder decirme:

«De un lado el gobierno clerical con fiscales, polizos, cárceles, presidios, obispos, curas, hipocritas y bribones de todos sexos, edades y categorías, y del otro yo, El Motín. Si en estas condiciones llegara á vencer, ¡qué orgullo!; y si fuese vencido, ¡qué gloria!

¿Aun cuando quién piensa en lo último? Es posible, mejor dicho, seguro que me reventarían á mano airada si estallase un movimiento revolucionario y fuese dominado. Pero aun en este caso, único en que podrían conmigo, me quedaría la esperanza de que se dijera pronto de mí lo que se dijo del otro: Y resucitó al tercer día.»

Entretanto, El Motín seguirá haciendo á esta gentualla la guerra que ella hace á la libertad, venga contra él lo que vinie, pues, como dijo Schiller en su drama *Los Conservadores*, (ligo, Los Bandidos), el que no teme á la ley es tan fuerte como el que la da.—1885.

Un pastor de un pueblo de la provincia de Málaga está procesado por haberse comido en poco más de una quincena cuarenta y tantas cabras del rebano que se le había confiado.

Resulta, pues, que se ha comido más de dos cabras diarias; cosa que le acarrearía de ser el pastor de más estómago de España si aquí no existiesen los del rebano católico.

Porque esos pastores se lo comen entero.—1891.

Admiro á los hombres que tienen el valor de proclamarse republicanos en provincias sin tener una posición independiente, y sufren constante los vejámenes y los atropellos de los monárquicos: unos sin poder siquiera ganar el sustento para sus familias por las persecuciones del caciquismo; otros teniendo que emigrar para no perecer; algunos esperando en medio de mil penalidades el momento de lanzarse á la lucha...

¿Qué de sacrificios ignorados, qué de posiciones renunciadas, qué de seres queridos sufriendo privaciones, qué de hombres convencidos cayendo lentamente en la fosa sin proferir una queja, todo por permanecer fieles á la causa! ¡Cuántas persecuciones sufridas, de esas sordas que atacan la honra y los intereses, pero que no dan derecho á la queja y matan con más seguridad!

Varias veces he expresado mi admiración hacia los hombres que en las pequeñas localidades se atreven á ser republicanos, héroes desconocidos que no pueden siquiera abrigar la esperanza de que sus nombres se citen como ejemplos de abnegación y sacrificio.—1900.

En Echalar han aprehendido los carabineros siete cajas con municiones para los carlistas.

Mientras haya conventos donde guardarlas, ¿qué les importa? Introducirán otras.

Y tontos serían sino aprovecharsen la ocasión.—1900.

«Nos dicen que andan por algunos barrios dos ó tres gitanas embaucadoras explotando la ignorancia y superstición de pobres mujeres, á quienes sacan el dinero con sus imposturas. Sería conveniente poner término á estos frecuentes timos.»

El periódico de Sevilla que tal escribe, no debe insistir en lo que dice, por si resultare que esas que parecen gitanas fuesen frailes imberbes ó hermanas de la caridad flamencas.—1900.

En los últimos veinte años ha gastado España en salvas ochenta y un millones, la mayor parte para hacer disparos con motivo del santo ó cumpleaños de reyes y príncipes, patrona ó patrón de España, etc., etc.

Podremos ser débiles y pobres, pero vaya unos humos católicos y monárquicos que gastamos, á juzgar por lo que nos cuestan.—1894.

JOSÉ NAKENS

JACINTO VERDAQUER

Conferencia dada en el Círculo Radical de Sarriá el 12 de Noviembre de 1910.

Tema: Ética social.—El suplicio de Jacinto Verdaguer, considerado como reflejo de la inmoralidad de la Iglesia.

Los seres, reflejo del ambiente

Como el hombre fué llamado un *microcosmos* por hallar en él reflejado como en miniatura el Universo, y no sólo es microcósmico con respecto al espacio, sino también con respecto al tiempo, pues se hallan en su cuerpo y en su alma expresados con fidelidad todos los tiempos de la evolución de la vida, adquiriendo en su peregrinación al través del tiempo y del espacio los caracteres particulares de cada instante y de cada lugar, así con más razón y con mayor relieve podemos decir que el individuo es un microscopio á cuyo través podemos hacer el retrato de su propia historia y de las circunstancias ambientales que ha pasado y que le han ido formando según sus propiedades particulares.

Sólo nos falta perspicacia de mirada y fuerza de observación para notar las señales anímicas é infinitesimales que las cosas externas van imprimiendo en los sujetos y en las cosas, insignificantes al primer golpe de vista é indescifrables á la simple vista, pero que ayudados de la lente analítica de la lógica van adquiriendo volumen y claridad, seme ante á esos pequeños avalorios en cuyos cristales á simple vista nada vemos, y que, aplicados á la pupila, nos revelan grandiosos paisajes y figuras perfectamente detallados.

La cara, espejo del alma

De este modo podríamos decir que así como el cerebro parece poseer propiedades cinematográficas que, por medio de la memoria reproducen dentro del cráneo los panoramas y escenas que le han impresionado, la cual exposición alcanza brillo singular al proyectarse sobre la oscuridad de la noche, en que estas figuras adquieren fosforescencia siendo ellas la luz y siendo la luz oscuridad, así esas imágenes cerebrales que obran como motoras de nuestros actos se exteriorizan en el semblante por medio de contracciones musculares que van escribiendo en la corteza del rostro la historia íntima del sujeto con esos caracteres fisiológicos que no hemos aprendido á descifrar sino en algunos de sus más intensos rasgos.

La antropología criminal daría mucho y aun comienza á afanarse por buscar los secretos de este arte de leer en la *fisonomía y mimica del cuerpo* el temperamento é historia del alma; en la cual la mímica revela el temperamento y disposición futura, y la fisonomía reproduce y archiva lo pasado: arte y ciencia que han dado ocasión á varios tratados y libros hasta aquí injustamente depreciados por la ciencia psicológica.

Sin embargo, se cultiva con interés la *grafología*, ó sea el arte de conocer el hombre por la forma de su letra y de su escritura, habiéndose llegado á pre-

cisar fenómenos íntimos muy singulares.

La fisonomía y la historia del individuo

¿Y qué es este cutis de nuestro cuerpo, atado interiormente al centro psíquico ó sea al alma, en todos sus puntos diminutísimos, por infinidad de raicillas nerviosas sensibles y motoras, que desde la superficie pasan las impresiones externas al centro y de éste transmiten los movimientos voluntarios ó reflejos? ¿No es con toda propiedad un pergamino en el cual el alma escribe al relieve y al minio sus emociones, que se van amontonando en forma de prominencias y depresiones, de durezas y cicatrices, de placas y lunares?

Por medio de estos caracteres significativos, todos nosotros, analfabetos de esta escritura autopsíquica, sabemos leer aproximadamente las grandes fases de la vida del individuo, revelada por la rugosidad ó tersura: sabemos leer los grandes estados sensitivos y pasionales, de furor, de pesar, de contento, de alegría: todos sabemos sentir la perfidia del traidor, el dolor del agónico, el rubor de la doncella ofendida, el sobresalto de la sorpresa...

El ojo clínico sabe leer ya en ese pergamino el trabajo interno de no pocas enfermedades y el curso de ellas: el psicópata encuentra reveladas las aptitudes y aun el rastro de las grandes odiseas pasadas: en ellos, en fin, vemos la edad, resumen de la historia; vemos el estado de alegría ó dolor, resumen del estado íntimo presente; vemos por fuera el sujeto de adentro... y vemos su raza, y su casta, que no son más que el retrato de la historia de su linaje y de su pueblo; como vemos la especie, resumen gráfico de la historia humana en uno de sus hilos genealógicos.

El hombre y las circunstancias

¿Pero qué es el individuo, más que el «hijo de las circunstancias» íntimas y externas? ¿Y qué son las circunstancias internas, constitutivas de la personalidad individual, más que la influencia de las circunstancias externas penetran en ese misterioso sér conductor de la vida cuya forma humana y consciente podemos hasta cierto punto explicarnos como hijo del tiempo é hijo del espacio; es decir, hijo de su tiempo y de su espacio; que en el orden vital expresan la materia, componente del espacio, y la energía, productora del tiempo, cuya copulación constante produce el movimiento de las cosas, la historia de las cosas, la evolución de las cosas, la vida de las cosas? Este Yo que sentimos dentro de nosotros, que nos parece el todo y el único íntimo, sabemos que, como fenómeno de espacio, está limitado á un espacio físico llamado cuerpo, y á un espacio facultativo llamado sensibilidad, conocimiento y conciencia; y que, como fenómeno de tiempo, está limitado y definido por el principio y término de los actos, por el nacimiento y muerte de las facultades, y en total, por el principio y fin de esta forma de nuestro sér; es decir, por la muerte y concepción: este Yo, sabemos que es hijo de su tiempo, y que antes hubo un tiempo *no suyo*, en el cual *nada era suyo*, ni el tiempo ni el espacio.

El Tiempo penetró en aquel primer

momento en que quedó engendrado y en que comenzó á luchar y á vivir y á moverse en el reducidísimo espacio de un sér microscópico, cuya historia íntima trata de penetrar la Embriología, llegando apenas á describir los fenómenos, cuanto menos á comprender las razones que los producen.

Y desde ese momento hasta el presente en que nos hallamos, todo cuanto hay dentro de nosotros y que antes no estaba, todo eso lo hemos tomado del Espacio y nos lo ha ingerido el Espacio; y esta historia que tenemos y esta conciencia formada por nuestros actos, respondiendo ora á los ataques de los enemigos exteriores, ora á las necesidades interiores, ha ido acumulando *nuestro tiempo*, y nosotros sentimos vivir dentro esos Tiempos y Espacios de los cuales somos hijos y que son nuestra morada y cuna, nuestra sustancia y nuestra forma.

El sujeto consciente

Su Tiempo y su Espacio son los que viven en el individuo, determinando su actividad, heredada de otros tiempos y de otros espacios que no eran ya propiamente *suyos*, sino de su linaje y de su especie; y fuera de esta actividad misteriosa, todo lo demás se lo debemos á ese *nuestro conterráneo y coetáneo*.

Y al decir lo *nuestro* en el orden consciente, significamos, no propiamente lo que es en sí el Espacio y el Tiempo, sino el tiempo y espacio que conocemos, tal y como los conocemos ó creemos conocerlos; pues para cada individuo, lo que él no conoce ni de vistas ni de oídas ni por cálculo imaginario ó supuesto, aquello *para él* no existe, es decir, no existe en su conciencia.

De ahí es que el Yo consciente que compone el individuo consciente, es reflejo del mundo *por él conocido*, en la forma que acabamos de ver; y cuanto más corto sea el tiempo de él conocido y menos extenso el espacio, más pequeña es la conciencia y reflejo de un mundo más diminuto, pues para él *no existe lo desconocido*. En cambio, cuanto menor es el espacio conocido que nos ha estado impresionando, mayor es la huella que deja en nosotros y más se componen por decirlo así, y más íntimamente conviven ese Yo y ese espacio. De ahí esos amores de *Patria*, á veces exclusivistas.

Una vez el Yo se hace consciente, registra las impresiones que recibe, es decir, las influencias sensibles y advertidas que penetran en su sér, y las reacciones ó actos, igualmente advertidos, que aquellas impresiones producen.

Estas sensaciones acumuladas por el Tiempo de nuestra vida dentro de nosotros, y por nosotros transformadas, van componiendo nuestra *conciencia*, que viene á ser el registro íntimo de lo que hemos visto, oído y sufrido; de lo que hemos hecho, pensado y querido; de lo que anhelamos, creemos y esperamos; en esta conciencia existe el registro de lo pasado, llamado *memoria*; el registro de los afectos, llamado *voluntad*; el registro de lo calculado, llamado *inteligencia*, que vienen á ser como los tres sentidos psíquicos, que se surten de las sensaciones entradas por los sentidos físicos, los cuales á su vez se nutren del espacio por medio de las impresiones. Así viven dentro de nosotros *nuestro espacio y nuestro tiempo*.

Verdaguer y Balmes.—Las infancias

En el caso de Verdaguer, ese Espacio y Tiempo fueron principalmente eclesiásticos; por esto en él se reflejan de un modo especial los vicios y virtudes de la Iglesia contemporánea.

Nacido en Vich, en un pueblucho inundado de piedad, salió del seno de su madre natural para ser concebido y nutrido en ese otro seno de la Iglesia, cerrado á toda luz científica y en que el organismo se siente prendido á la placenta por todos los poros de su cuerpo y de su espíritu. El niño puede decirse que no ha nacido. En el seno uterino, todos sus sentidos y toda su relación con el universo, verificase por intermediación del seno materno que prismatiza y tamiza todas las energías externas. La madre se nutre por él, respira por él, vive por él; en la infancia, el nacimiento es sólo á medias. Recibe el alimento elaborado por los pechos de la madre; él no ve los enemigos que rodean su vida; él no conoce los remedios de sus necesidades; él no se mueve en busca de unos y en huida de los otros; la madre se mueve por él y le mueve; la madre conoce y ve por él y le va enseñando á ver, á oír, á discernir y á moverse. En la segunda infancia, llamada niñez, que es la infancia del alma, el niño nada sabe, nada cree, nada quiere; su madre es la que quiere, cree y sabe y le suministra con el biberón de la enseñanza, la ciencia, la creencia y el deseo.

El hijo de la carne y el hijo de la fantasía

Las madres devotas de Vich creen que el hombre ha nacido sólo para ser santo y quieren que su hijo lo sea; esta voluntad y fe son infiltradas al niño; quiere ser santo porque quiere á su madre; quiere realizar el tipo soñado por la madre; quiere los aplausos, risas, besos y contento de la madre; eso es la santidad para el niño. La madre dijo á Verdaguer que su felicidad de madre estaba en que él fuese al Seminario á creer y hacer lo que allí le dijeran; y esto hizo Verdaguer: buscar con su santificación seminarística personal la felicidad de su madre. Esta abulia y debilidad de voluntad y esta falta de conciencia y criterio fueron las determinantes de la vida de Verdaguer; él no llegó á tomar posesión de su voluntad y de su conciencia; de niño fué su madre la que le movía é inspiraba; de joven fué Collell su impulsor; Collell, impulsivo y osado; Verdaguer, abúlico y tímido.

Al dejar la vida placentaria de la conciencia atada á la de su madre, pasó á la vida placentaria de la Iglesia: no veía, ni oía, ni creía, ni quería más que lo que la Iglesia le presentaba como objeto de sus facultades y afectos.

Choque y repulsión entre Verdaguer y su tierra

Una circunstancia especial debemos mencionar y que influyó en la timidez de Verdaguer. Siendo alumno del Seminario de Vich, era corto para las asignaturas; tan corto, que en uno de los exámenes fué suspendido. Era ya poeta genial, pues ganaba los primeros premios de los *Juegos Florales*; pero, sin haberlo vivido, vosotros no podríais comprender el profundo desprecio que

los alumnos y catedráticos filósofos y teólogos tienen por toda ciencia y facultad que no sea la suya. Hace falta haber visto la risa peculiar de aquellas bocas de arlequines infatuados, medio pícaras y medio idiotas, con que se ríen del genio aquellos imbéciles patanes hinchados de vanidad y de ignorancia.

En aquel mismo Seminario Balmes había sido un alumno que apenas lograba sobresalir de entre los rompebancos macedonios de papel impreso y forjadores del *silogismo*, que viene á ser el arma de esgrima de aquel ejé cito de triquiñoleros. El silogismo debió atragantarse á Balmes de un modo singular, y debió ser el fantasma de su vida científica, pues, con gran escándalo de los señores aquellos ergotistas, lo combatió y ridiculizó más tarde en sus libros.

Debemos recordárselo á la Iglesia: Balmes hizo varias oposiciones á canónigo, siendo rechazado. ¡Qué más quería ahora aquel Cabildo de fatuos fantasmones, que el poder presentar á Balmes como compañero suyo, para pasearse jactándose por las calles, como diciendo: «aquí va un Balmes...» Pero no; Balmes no logró ser canónigo; era demasiado poco necio, demasiado poco rastrero, demasiado poco fatuo. Los hombres sencillos, dignos y sabios no pueden ser canónigos de esta Iglesia contemporánea formada por el rastrerismo, la majadería y la simulación.

Balmes, según aquellas gentes, era un sacerdote de medianilla virtud; estudiaba demasiado y rezaba demasiado poco; y allí, la santidad se mide por los kilómetros de rosarios rezados, por el dinamómetro de los golpes de pecho, y por la resistencia en estar de rodillas y cabizbajo. A Balmes le precipitaron la muerte los fariseos de Vich; si hubiese vivido diez años más, ó habría tenido que emigrar de la tierra, ó habría muerto desesperado, peor que Verdaguer.

El catolicismo especial de Verdaguer. Los dos catolicismos

Verdaguer se ordenó sin dejar de ser niño; no dejó de serlo nunca; murió siendo; erédulo como niño; tímido como niño; receloso como niño escamado; abúlico como niño, y cándido como niño. Fué un niño grande y un gran niño.

El ambiente eclesiástico, al penetrar en él, fué tamizado en una forma adecuada á su manera especial de ser, y que por producirse con frecuencia y por la influencia que este fenómeno ejerce en la vitalidad eclesiástica, conviene examinar.

Ya hace mucho tiempo que los críticos han observado el chocante absurdo de ver surgir dentro del catolicismo dos espíritus y caracteres muy opuestos, en lo moral, en lo mental, en lo místico y en lo económico. En el orden moral, producen por un lado los Peñafort, los Torquemada, Loyola, Domingo de Guzmán, Pedro de Arbués, Inocencio III, es decir, la casta de los crueles, sanguinarios, obcecados, tozudos, tiranos y salvajes; y por otro lado, los Francisco, Felipe Neri, Vicente de Paúl, Calasanz, Juan de Mata y Nolasco, esto es, el altruista, bienhechor y desasido. En el orden doctrinal hallamos los Lullio, Aquino, Lombardo y Vives, hasta la última generación de los Balmes,

estudiosos, observadores, valientes de convicción y sectarios de la Verdad; al lado de ellos germinan y se desarrollan los fanáticos, desde Pascual Banión á Claret. En el místico producen los caracteres ascéticos de Teresa de Jesús, María de Agreda, y Asís, hasta el cura de Ars; y los Borja, los Juio II y los molinosistas, es decir, los inmorales, corrompidos, lujuriosos, bestiales y criminales, ora hipócritas como Valencia, ora cínicos como esos Tenorios que por todas partes pululan. En el orden económico están todos los que entraron ricos de fortuna, de talento y de actividad, y salieron pobres por haberlo gastado todo sin haberse quedado nada, al lado de los que entraron miserables y salieron ricos.

A poco que nos fijemos podremos observar que en la Iglesia de Constantino triunfaron siempre los que hicieron de la Iglesia feria de granjería y privilegio corsario, sobre los que vieron en ella el sacerdocio, el sacrificio y la redención. Los unos, parecen sorber del ambiente eclesiástico para asimilarlo todo lo bueno y benéfico; los otros, todo lo malo y maléfico.

Esta observación, que ha producido un sin fin de herejías eclesiásticas en cuyas luchas generalmente los bravos fueron infamados, sacrificados y quemados por los malos, dió origen á aquella nuestra campaña u bionista, en la cual pelíamos el deslinde y separación de clases: á la derecha los estudiosos, los espíritus de sacrificio y los decididos; á la izquierda los criminales, los corruptores y los simoníacos. Porque—decíamos—no es justo que los unos carguen ante la humanidad con los odios provocados por los otros; y pues no hay comunidad, ni identidad, ni unión en el cobro de la nómina, en el reparto del favor y en el disfrute de los favores, pues no hay identidad, sino contrariedad de obras de motivos y de fines, no debe consentirse que en la liquidación próxima y revolucionaria sean amontonados y juzgados con los malos que sólo hicieron mal, los buenos que sólo bien hicieron.

Ya sabéis el resultado de aquella campaña: si estoy aquí es porque las garras del Papa, del jesuitismo y de los obispos, creyéndome ya muerto y enterrado, se desasieron de mis entrañas y me dejaron por muerto y enterrado.

A poco que fijéis la atención, veréis que la bondad de los buenos, se debe á la naturaleza del individuo; y la maldad de los malos, á la naturaleza de la Iglesia. El eclesiástico bueno, lo es á pesar de la Iglesia, que no puede hacerlo malo.

En Verdaguer se produjo en una forma muy compleja esta tamización y absorción del bien, y esta secreción y eliminación del mal católico.

Verdaguer, emigrado de la Iglesia

Todas sus obras componen un título de amor. El poeta genial, concibió la Iglesia como coro de serafines, extrajo de los misterios, leyendas, historias y ceremonias, el gran tesoro de poesía que en ellos ha almacenado la fantasía cristiana y pasó la vida cantando el bien, la Belleza, es decir, el amor, con exclusión de todo odio.

Los que logramos tratarle, y más los de su tierra, pudimos notar en él cierto desdén por los de Vich, que quizás

alcanzaba al oficialismo eclesiástico, al teólogo y al loyalista. Este hecho se enlaza positivamente con aquellos *suspenso* y desprecios que su genio colosal había recibido de sus profesores y colegas de Vich, cuyo ambiente se le hizo insoportable.

Ciertamente: acabada su carrera, ese hombre, cuyos monumentos pueblan ya las calles y ciudades catalanas, y cuyo nombre irradia brillo de astro de primera magnitud en el cielo patrio, y de sol fulgurante en aquel obispado; ese Genio sublime, al terminar la carrera y atesorando ya títulos de poeta creador y de sacerdote ejemplarísimo, no fué calificado apto por el obispo más que para desempeñar la coadjutoría de Vinyolas, lugarcillo ínfimo entre los ínfimos del obispado. Verdaguer sintióse ahogado en aquella tierra, y, á pesar de su misticismo jamás desmentido, tomó una decisión heroica, cuyo arranque de valor sólo pueden apreciar los educados en aquel pestilante seminario.

Dos carreras para el clero hay allí reputadas como deshonorosas, casi como degradantes, sin casi como sospechosas de moralidad y de decencia: es el clero de marina y el clero castrense. Indicar deseos de ingresar en estos cuerpos es considerado como una especie de apostasía vergonzante.

Verdaguer, místico por naturaleza y tímido por educación, tuvo valor para arrancarse de aquel emporio de la hipocresía, arrostrar la crítica de aquella raza teológica maleante, y echar á volar como ave emigradora, sentando plaza de capellán de la marina mercante.

De aquí le provino cierto desprecio recíproco entre el clero catedral y parroquial y él; desprecio que no pudo vencer ni aun en sus días de mayor esplendor, en que era un astro para todo el mundo y para el clero de Vich un mísero capellán de barco.

No podéis imaginar vosotros este estado psicológico del clero. ¡El párroco!, ¡el obispo!, ¡el canónigo! Para pronunciar estas palabras necesitan acumular aire los pulmones, ensancharse la garganta y empujar el pecho: ¡el obispo!, ¡el párroco!, ¡el canónigo! Ahuecad la voz, que no llegaréis á imitar el sonido becerril que á tales títulos dan las reverencias de estos irreverentes sacos de fatuidad, de necedad, de nulidad, de vanidad, de presunción, de cuquería.

Verdaguer hubo de huir de esa peste; él quedó en cierto modo divagando en el ministerio; ni fraile ni párroco: capellán de barco, como decir un clérigo medio seglar, semejante al monstruo marino: cabeza de clérigo y pecho de seglar: ni cura ni fraile.

Aquel absorción de energías poéticas y seráficas absorbidas de la vida clerical, irradiaron en la forma que sabéis: cantando amores religiosos. Todas las fases de ese amor tienen bellísimas páginas en sus libros. Collet, su maestro, le había inspirado el lema constante de su labor poética: el lema de *La Veu del Montserrat*, órgano de entrambos: *Pro aris et focis: «Dios y Patria.»*

El Genio Benéfico

La vida de Verdaguer puede resumirse en aquella frase de Cristo: *pertransiit benefaciendo*, añadiéndole una segunda parte: Pasó por el mundo haciendo el bien y haciendo versos. Es el ruiseñor

infatigable que sólo sabe cantar, y el santo inagotable que sólo sabe obrar el bien. Cada gesto suyo es una acción benéfica; cada frase, un trino. Canta sus entusiasmos, sus alegrías, sus pesares, sus aflicciones; cantos son sus alborozos y cantos son sus sollozos.

Su beneficencia comienza en la conquista del alma del primer marqués de Comillas para el bien. Esta conquista es un idilio en acción, de lirismo elegíaco y trágico á veces, que no tengo tiempo de explicar; allí tomó él el cargo de limosnero; la limosna y la poesía habían de elevarle á aquella altura colosal que difícilmente alcanzará otro alguno; altura á la cual no llegaban los apuros de la vida ni los temores de la miseria, rodeada de mendigos ambiciosos y estrafalarios; altura del Genio que podía volar tendiendo por el espacio sus alas sin cortapisa alguna. Todo espíritu delicado y bienhechor sería poeta en ese paraíso de la vida en que el mal sólo existe para hacer derramar el bien; todo poeta genial y moral sería bienhechor en esta cumbre de la mente, en que puede el espíritu embriagarse y saturarse de hacer bien, de prodigar consuelos y de calmar angustias.

El clero basilisco

Verdaguer lo hizo; y cuando parecía indestructible, cuando Nuncios y ministros le adulaban; cuando príncipes é infantes mendigaban su amistad y trato; cuando el mundo sabio y entusiasta del talento le elevaba al más alto sitio de la celebridad, aquel clero parroquial, episcopal y fraileño había de dar al mundo el espectáculo de su maldad sin límites y de su perfidia astuta. Un sujeto que encarna con singular propiedad la triple condición de aquel clero villano, Párroco de Sans por méritos episcopales, y luego fraile de Montserrat; este fraile párroco había sido confectionado como expresamente para delator inicial en el expediente que el Secreto, encubridor de todas las infamias, guarda en las curias episcopales. Un fraile cuyo nombre debió respetar todavía, sirve de propulsor de trascortina; los jesuitas eminentes perfeccionan y llevan á colmo la gran obra de arte clerical; un obispo de los entrados miserables y salidos millonarios, cuyo nombre no proferiré por respeto al enemigo muerto, se ofrece para alguacil, alcaide y verdugo; Verdaguer es llevado con engaños al palacio del obispo de Vich y de allí pasa á la Gleba encerrado como loco.

Profesionales criminales

El certificado de locura del médico cuentan que produjo al firmante diez mil pesetas, precio de la vida de Verdaguer y de la dignidad profesional. Este médico fué declarado indigno, deshonoroso é infamador de la profesión por el Colegio de Medicina: aplaudamos este acto de justicia. Si los obispos hubiesen expulsado del colegio episcopal al obispo de Vich; si el cabildo parroquial hubiese rayado de sus listas el nombre de aquel párroco; si los frailes hubiesen lanzado de sus Ordenes á los cuatro ma hechores que deshonoraban, vendían é infamaban no menos que el médico sus oficios; si esto hubiesen hecho, Verdaguer viviría aún cantando trinos á la Iglesia justiciara; quizás la Iglesia habría ganado mucho que ahora tiene

perdido para siempre; quizás no hubiesen ardido los conventos y templos... Porque el mismo pueblo que clamó venganza al cielo contra los verdugos de Verdaguer, fué el mismo que más tarde hizo caer fuego del cielo, sin que Dios enviase ángeles ni diablos á impedirlo. Todo el episcopado, todo el clero quedó hecho cómplice del homicidio de Verdaguer; y quien á hierro mata á hierro muere, si no miente su Maestro.

(Suprimimos la parte referente á sucesos de importancia menos general, para poder dar más por extenso la conclusión.)

La Magdalena de Verdaguer

De los millares de favorecidos y de paniaguados que cultivó en su vida próspera, en la hora de la desgracia no le fué fiel y agradecido ninguno entre los hombres, y entre las mujeres una, que merece figurar en los monumentos de Verdaguer como angel providencial que le redimió del cautiverio. Fué la señora Durán, que le estrajo de La Gleba en un escandaloso rapto; que le dió de baluarte defensivo su propia casa y que hizo de su propio cuerpo escudo para defender la vida y libertad del perseguido.

De entre las mil escenas heroicas en que se vió esta amazona de la justicia, una sola servirá para retratarla; y fué cuando aquella desgraciada policía, hecha instrumento ciego de un obispo tan famoso por su raposidad como por sus escándalos (*el Delegado de la autoridad que está al lado del conferenciante se sobresalta*) recibió orden de atropellarle, llevándolo preso para encerrarle nuevamente. Entonces fué cuando la señora Durán se interpuso entre el inspector y la víctima; y con arrogancia propia de la mujer, que en entrando en la bravura llega al extremo, dijo al delegado: «Pase si quiere, pero será sobre mi cuerpo».

Este arranque salvó la vida de Verdaguer: el gobernador, que no se acordaba del atropello de un genio, cobró miedo ante la entereza de una mujer, que resultó ser el único hombre de Cataluña.

Venganzas infames

No podía llevar á bien la Iglesia este obstáculo para sus planes homicidas. Y entonces la maldad jesuítica y episcopal, no pudiendo clavar sus zarpas en Verdaguer, clavó su aguijón de avispa y su lengua de víbora en el mayor tesoro de una mujer: la honra. Y esos que llaman vírgenes á las monjas de meses mayores de Lisboa, violaron toda decencia y rasgaron todo pudor para manchar con la calumnia vil al sacerdote, á su redentora y aun á sus hijas. Arruinaron su fortuna; llevaronla al extremo de vender su vajilla, y Verdaguer se habría visto precisado á mendigar, como Rojas, en la vía pública, de no haberse rebelado contra tanta villanía los felibres de Provenza.

¿Dónde estaban entonces sus explotadores de ahora? ¿Cómo no tenían para alimentarle, algo de lo que ahora gastan en adornar sus estatuas? Verdugos de ayer y explotadores de hoy, aseméjense al asesino que, después de haber matado «u víctima, pone precio á su piel y se hace brazaletes de sus huesos; que huesos son suyos y sangre suya y latidos

sobrevivientes de su vida las estrofas de sus cantares.

Monumentos Sarcásticos

Ahí, en el Tibidabo, podréis ver esculpida en piedra la *Oda á Barcelona*. Está bien; sólo falta una adición á la firma que diga: «Jacinto Verdaguer, muerto en Barcelona de hambre, de vergüenza y de asco.» Esta oda es el canto al Patíbulo hecha por un ejecutado. Y aun como trofeo especial podría colgarse allí la medalla de Oro que en premio de la oda dió el Ayuntamiento barcelonés al capellán de Comillas y que la víctima de la Iglesia hubo de empeñar sin poder rescatarla. ¡Por qué se mutila la verdad y no se hace constar entera en esas inscripciones monumentales?

Semana de Pasión de Verdaguer.

Y véome ya en el punto culminante de la conferencia y la razón de darla aquí, en Sarriá, Getsemaní de las escenas que hemos de reproducir y en donde viven todavía los testigos de los hechos.

Enfermó Verdaguer cuando entraba de lleno en el camino de la reivindicación, y el pueblo barcelonés repercutía á sus penas. La Iglesia toda, de obispos, cardenales, frailes y legos, unidos en conciliábulo y aconchavados para un mismo plan, temieron que su víctima pudiese recibir del pueblo el desagravio de tanto agravio padecido. Fúeles cosa fácil secuestrarle hipócritamente y llevarle con engaños á esa *Quinta Juanita*, segunda Górgona, segundo manicomio y segunda cárcel que había de servir de capilla para el reo de muerte y de vestíbulo del cementerio.

Agonía atroz.—La Unción diabólica

Va á morir el hijo de la Iglesia, el santo, el sublime, el angelical; y en esta ocasión debemos recordar esos cuadros tan abundantes de la muerte del Justo y la muerte del Pecador que la Iglesia coloca en las alcobas de los fieles.

Aquí veremos cómo *ayudó á morir* en la desesperación al Santo, cómo llevó el infierno á la alcoba del Justo.

Tenían su cuerpo y su alma allí secuestradas; necesitaban robarle otra cosa: la fama póstuma, por medio de un crimen ejecutado en secreto y cuya ignorancia presenta al mundo venidero al moribundo confesando delitos no cometidos, infamando su historia y la de sus redentores y canonizando la diabólica persecución jesuítica. Y esto se hizo y esto lograron, obligándole á firmar un testamento notarial, que debe estar archivado auténtico en su protocolo, y que es preciso exhumar y traer á la censura pública. Yo dejo bien denunciada á la opinión la existencia de este testamento infame, que era la infamia final de una cadena de infamias.

Y allí había muerto Verdaguer, y con su testamento habrían amortajado su memoria los criminales, si un muchacho animoso no hubiese burlado la vigilancia de los mozos de la Escuadra, hechos centinelas de los cohechores, saltando por una ventana trasera como ladrón que se fuga, yendo á denunciar el terrible complico á aquel alcalde joven y animoso que, escoltado por la guardia municipal, desafió el peligro de un conflicto con los centinelas, rompió el bloqueo, penetró á viva fuerza en la alcoba, y en nombre del Pueblo

Barcelonés dejó allí clavado el pabellón del respeto á la libertad.

El alcalde Amat; la obra de un pueblo

Todos recordamos la conmoción que produjo la entrevista de estos hechos. Como tromba que se forma en el seno del mar, rugió sorda la ira popular, y por primera vez se puso en línea de combate el pueblo, dispuso á hacer un singular escarmiento.

Y esta formidable amenaza, preludio de un desastre, hizo temblar al gobierno, hasta entonces indiferente á tan negra odisea, página vergonzosa de la historia de la Restauración. Y el aliento de ese pueblo movió al gabinete y penetró al mismo Real palacio, y la reina regente, por primera vez, envió al moribundo mil pesetas de limosna y la primera cruz de la orden de Alfonso XII, de este modo inaugurada.

Misticamente había de acoger esta insignia el moribundo, haciendo todavía una frase:

—Esto sólo me faltaba para poder decir que muero crucificado.

Cierto, la cruz no pudo ser colgada en el pecho de Verdaguer; su nombre fué colgado en la cruz y en la Orden.

Y todos sabéis que aquel cardenal-obispo que no se dignó visitar al enfermo, se apresuró á presidir el entierro. ¡Cuán grato debe ser al verdugo so empujar el entierro de su víctima! Y sabéis que el gobierno, que no tuvo una providencia penadora de la crueldad episcopal, mandó para el entierro un ministro de la Corona, y que el Ayuntamiento, que poco antes negara una plaza de cronista á Verdaguer que le sirviera para asegurarle un mísero bocadillo de pan, gastó doce mil pesetas en el entierro.

El mártir

Sin ese pueblo y sin su alcalde, que jamás pudo serlo mejor, Verdaguer habría pasado infamado á la Historia; á la gente anticlerical debió poder retractar el testamento infame con otro libremente otorgado; á la gente enemiga de la Iglesia debió que pudiese morir tranquilo como un mártir bendiciendo á la Humanidad, y que no se viese condenado á morir maldiciendo á los hombres que le dejaban en las garras de la Iglesia, convirtiendo en infierno la agonía.

Así mueren los santos: blasfemando la Iglesia. Este cuadro de su muerte es el que compendia su vida; éste es el que debe escuipirse para gloria de Dios y bien de las almas. Ahí está retratada toda el alma de la Iglesia contemporánea.

En su muerte se halla toda su vida, y en su vida se dibuja en miniatura la vida eclesiástica de nuestro tiempo.

En el cementerio entré,
me pidió dinero er cura,
y le dije: «no hay de qué.»

La calumnia

No debe preocupar, ni meros arredrar á ningún hombre que lucha por un ideal.

En pocos se celó tanto como en Gambetta. Según los periódicos que le

combatían, era un hombre que sólo se cuidaba de la materia, un sibarita.

Al morir, *Le Temps* publicó estas líneas:

«Lo que llamaba la atención de la multitud, lo que admiraba á los que por primera vez entraban en la casita de Gambetta, era la extrema sencillez de la morada de este hombre. ¡Qué! ¿Era esa la quinta lujosa en que, harto de vinos exquisitos, el sátrapa Gambetta se alimentaba con el sudor del pueblo y olvidaba sus promesas y su programa?... ¿Era esa la pequeña Cápuá, el castillo, la suntuosa morada en que la cocina—según se decía—ocupaba tanto lugar? Residencia de un sabio, casa de campo de un pacífico *bourgeois* ansioso de un poco de aire puro, de descansar y de olvidar; algunos grabados, libros y recuerdos: la casa de un hombre sencillo, tal como la deseaba Horacio.

—¡Qué sorpresa! ¡Qué resonancia para tantas calumnias! Para que Gambetta, que despreciaba los ataques, respondiera á esas mismas calumnias, era preciso que estuviera muerto. ¡Muerto en un pequeño lecho de estudiante, en las dependencias de la casa de Buzac!

«Y, sin embargo—¡cobardía eterna de la política!—esa misma sencillez que á todos sorprendía ayer, hoy la vuelven contra él los enemigos del muerto. El uno dice: ¡Las Jardies! ¡Eso está falto de grandeza!—¡El salón está amueblado con un mal gusto de es *ecce*! ¡Ese Gambetta tenía en su casa un busto de Mr. Thiers!—¡Qué ideal! ¡Qué ausencia de *chic*!

Y como si temieran que no hubiese muerto insistido en imprimir en los periódicos que el cadáver se descompone. Miden el pus y describen la herida. No temáis nada: ha muerto, ha desaparecido; ya no le oiréis. ¡Se acabó! Ya no estorbará á nadie, ni aquí ni allá.

«Ya no habrá voz atronadora para lanzar el grito de alarma de la patria, ávida de grandeza aun en los días de prueba, ni para cantar el paso de carga bajo la bandera desplegada. Ya no habrá en la Tribuna francesa ese representante de la bravura de Francia.»

Al leer esto, se siente uno inclinado á exclamar:

«¡Desventurado aquel en quien no se ceba la calumnia! El no saboreará la honra más grande de la vida pública.»

Cuando le veo venir
al leguito der convento,
escondido hasta el candil.

La resurrección

Aquello si que se podía llamar una asamblea fúnebre.

Había unos seiscientos esqueletos pulcramente descarnados, blanquísimos. Sus osamentas parecían de máfil. Casi todos iban elegantemente envueltos en albos lienzos que recogían con sus huesosas manos, formando pliegues airoso y cubriendo á medias sus simétricas costillas.

Presidía el más antiguo.

—Os he reunido—dijo—para haceros

saber el peligro que nos amenaza... ¡Oh! ¡Es horrible! Si no lo estuviera ya, me habría muerto de horror al saber la infausta nueva, la espantosa noticia que ha llegado hasta mi tumba!...

Un golpe de tos sepulcral y fúnebre interrumpió al orador.

Se escucharon algunas interjecciones macabras.

—¡Pi o la palabra!—gritó un ilustre mu nio de de un rincón de la cripta.

—Concedida—contestó el presidente.

Las to es arrieraron.

—¡Silencio!—Silencio!...

Fieles diuutos—comenzó el orador con una voz que recordaba el estertor de su agonía;—he sabido, á la vez que el ilustre antepasado que nos preside, que se acerca el día de la resurrección de la carne...

—¡Ah!—murmuró casi toda la asamblea.

—¡Es cierto! ¡Es cierto!—tosió el presidente.

—Pues bien, queridos hermanos; ante ese peligro que nos amenaza, ante esa espantosa catástrofe que se avecina, ante ese terrible conflicto que se nos presenta, debemos protestar.

Y os señó por toda la asamblea la profunda mirada de sus ojos vacíos.

—¡Ah, señores!—continuó—el espanto ha ci culado por mis huesos, el horror se ha apoderado de mi hueco cerebro... ¡La resurrección de la carne!... ¡La vuelta á la vida!... ¡Otra vez de carne y hueso, con las pasiones mismas, las mismas necesidades, las mismas miserias! ¡Tendremos hambre! ¡Tendremos sed! ¡Volveremos á ser egóistas, avaros y embusteros! ¡Cifraremos nuestra felicidad en una buena mesa, en un buen lecho, en un puñado de oro!... ¡La resurrección de la carne! La esperanza, la remotísima y engañosa esperanza de nuestra existencia carnal. ¡Si! esa resurrección nos horroriza. ¿Qué premio, qué objetivo es e e? ¡Oh, queridos muertos! Pronto dejaremos de serlo; pronto abandonaremos la paz del sepulcro, la dicha del no sér, para arrastrar una vida miserable, una existencia carnal, lasciva, glotona, llena de inquietudes, afanes y vicios... ¿No estaríamos mejor siguiendo muertos? ¿No seríamos más dichosos reposando eternamente en el sagrado retiro que, á su pesar, respetan los pusilánimes mortales?

—¡Si! ¡Si!—gritaron todos.

—¿Se aprueba la proposición de protesta?—dijo el presidente.

—¡Qué se proceda á votación secreta!—contestó una voz naturalmente sepulcral.

Y todos los votos depositados en la urna funeraria colocada al efecto, fueron unánimes en protestar de la vuelta á la vida carnal, aunque hubiera que pasarla en el Cielo, el Infierno ó el Purgatorio.—KAAB.

Por dinero no lo jages;
bautizar chorré de barde,
ó si no se va sin agua.

Los intérpretes de Dios

Camino de París, la gente mira desde la ventanilla el Sena caudaloso y la extensa llanura de Choisy-le Roi cubierta de una gran lamina de agua que el viento huracanado mueve y riza. Un joven abate, perfumado y pulcro como pudieran serlo sus muertos colegas versalleses, viene en el coche acompañando á una dama rubia, elegante y joven como él. El abate mueve pensativo la cabeza ante las aguas desbordadas, y dice á su compañera de viaje:

—¡Es otro castigo que Dios envía á Francia; pero Francia no querrá escarmentar!

Este abate es elegante y lindo como sus colegas versa lese; pero menos incrédulo que ellos. Un anciano que se sienta á su lado le mira atentamente, y con leve sonrisa que muestra la sutil punta volteriana, le dice:

—¡Ah; pero Su Divina Majestad está menos colérico que la vez pasada!... Es que se irá acostumbrando á nuestras maldades.

También la Prensa católica debe irse acostumbrando, porque ahora no invoca con tanta insistencia la incundia celeste y la necesidad de desamarrar con rezos y novenas y con una total rectificación en las costumbres pervertidas. *La Croix*, redactada por frailes, fué la que más clamó contra la impiedad del siglo y la que aseguró con más fuerza que la inundación era un castigo de Dios. Luego se vió que, entre tanto perió dico impío como se publica en París, Dios sólo se había ocupado en castigar á *La Croix* metiéndole en casa algunos miles de litros de agua. Sus colegas le preguntaron: «¿Qué horrendo delito has cometido para ser la única víctima, tú, tan piadosa y bien enterada de que la Providencia ha querido vengarse?» Pero el órgano devoto tuvo buen cuidado de hacer oídos de mercader.

Esta interpretación de los designios divinos, no es atributo exclusivo de los católicos. Siempre ha sucedido lo mismo. «Nada hay nuevo bajo el sol» dijo el sabio Ecclesiastés. En presencia de cualquier fuerza natural desbordada, sacerdotes y devotos han asegurado que Dios estaba irritado por los crímenes de los hombres; pero ni éstos se han corregido ni el Todopoderoso se ha vengado de una. Cuando en los últimos tiempos del romano imperio de occidente, también se desbordó el Tiber, y era cosa de oír á los cristianos que subían y á los paganos que declinaban. Los primeros gritaban en calles, templos y catacumbas que el paganismo tenía la culpa de todas las desdichas, y los paganos decían que hasta hacer su aparición los nazarenos, todo le había ido bien á la reina del mundo; por culpa de ellos las desgracias amenazaban por todas partes; el Tiber se desbordaba, las legiones se sublevaban, los bár-

baros amenazaban y hasta rebasaban los límites.

El prefecto Simmaco escribía á los emperadores para que restableciesen el culto antiguo: «¿Qué cosa puede conducirnos mejor al conocimiento de los dioses que la experiencia de nuestras pasadas prosperidades? Debemos permanecer fieles al ejemplo de tantos siglos, y seguir la conducta de nuestros padres, que tan felizmente observaron la de los suyos. Pensad que Roma os habla y dice: Grandes príncipes, padres de la patria, respetad mis ritos durante los cuales he observado siempre las ceremonias de mis antepasados: este culto es el que semetió el mundo á mis leyes; por él Anibal fué rechazado de mis murallas, y los galos del Capiolio.»

Y el inagotable tema de «la culpa es tuya», pa-abi de los cristianos á los paganos, y éstos se lo devolvían para no acabar nunca, y siempre era Dios el que se vengaba cuando hablaban los primeros, y los dioses cuando acusaban los últimos. Oro-sio escribió su historia para demostrar que en todos tiempos habían ocurrido en el mundo desastres como los deplorados por los que pedían el restablecimiento del viejo culto en decadencia, y Salviano compuso otro libro para demostrar que el desorden introducido por los nazarenos había atraído el azote de los bárbaros. San Agustín, terciando en el debate desde Africa, se consagró á demostrar, con mejor acierto, que la *Ciudad de Dios* en nada se parecía á la de los hombres.

Sin embargo, al cabo de mil quinientos años, sus correligionarios—sean redactores de *La Croix* ó abates perfumados—siguen entonando la misma cantinela de invocar la cólera divina cuando el Sena se desborda.

M. CIGES APARICIO

París.

Quando el bajito er puente
vi á un cura con una moza
me escamé muy mayormente.

LIBRO NUEVO

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,
Ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

(FOLLETÓN 78.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR

OFFENBACH

haber quien se sienta y se deje enloquecer para llevar á cabo algo reprochable que le seduzca, pero que en estado de cordura no sea capaz de hacer, como hay quien se alcoholiza para adquirir valor ó atrevimiento ó para perder simplemente la vergüenza? Si eso que hemos dicho es así; si en casos, que pueden considerarse bien caracterizados, de enajenación, afectiva, moral, intelectual ó lo que fuere, se deja ver la responsabilidad del individuo, puesto que le es hacedero resistirse, quizás sustraerse á la invasión morbosa, y evitar, cuando menos, sus peores efectos, ¿qué no ha de ser en otros casos en que las exigencias anormales ó extraviadas ó viciosas del organismo no llegan á enajenar la mente?

Todo esto, como se ve, es importantísimo, porque está directa é íntimamente ligado con el problema de si el mal de la monarquía española tiene ó no tiene remedio, es decir, si dicha monarquía ha cumplido decididamente ya su destino y no le queda más que desaparecer, sin que los esfuerzos que haga para regenerarse le sirvan para otra cosa que para prolongar su agonía. Pues si desaparecieron repúblicas griegas é imperio romano que valieron indudablemente mucho más que la monarquía española ¿qué tendría de particular que ésta desapareciera también?

Para contestar á esto hay primero que examinar atentamente lo que el caso pueda tener en realidad de clínico. Y desde luego, y nos parece que es bastante, se advertirá, porque esto á la vista salta, que en la monarquía española lo de arriba, porque sobresale, parece cabeza, y es joroba; y lo de abajo, como si dijéramos las piernas, está medio tullido. Repásese, si se hubiese olvidado, la presente historia, y se verá cuán cierto es lo primero. En cuanto á lo segundo, ampliaremos ahora lo que en el capítulo anterior apenas dejamos apuntado, esto es, lo relativo á la alimentación sin la cual no hay vida, y sin que sea suficiente, la vida es arrastrada, no vivida. Y en España los señores del reino se alimentan demasiado, pero ya la mayor parte de la

clase media no se nutre bien. ¡Con que figúrese el lector lo que le sucederá al pueblo en general!

La alimentación, en efecto, tiene por fin suministrar al organismo los ingredientes nutritivos que le son indispensablemente necesarios en determinada cantidad, aunque no haya trabajo ninguno, y en cantidad considerablemente mayor si lo ha de hacer, sobre todo del llamado corporal, pues el puramente mental también la requiere, mas no en igual medida que el corporal, ni exactamente de la misma especie ó en la misma proporción. Es decir, tomamos carne, pan, leche, patatas, etc., para dar al organismo ázoe, carbono, hidrógeno, oxígeno y otras materias, como azufre y iósforo, por ejemplo; pero la mecánica interior de la alimentación no consiste en convertir desde luego aquellos alimentos en estos elementos químicos, sino en sacar de ellos, de los alimentos, ciertos ingredientes que en determinadas combinaciones contienen dichos elementos, y que principalmente son: compuestos de proteína ó albuminoides; grasas, é hidratos de carbono. Así, la clara del huevo, que es albúmina, la caseína de la leche, el tuétano de los huesos, el glúten del trigo pertenecen á los primeros; la manteca, el aceite, el tocino, etc., á los segundos; y los almidones y los azúcares á los terceros. Estos y los segundos contienen carbono, oxígeno é hidrógeno. Los primeros, que contienen además ázoe (nitrógeno), son los que sirven, como si dijéramos, para reparar y conservar el edificio, esto es, el cuerpo humano, pues son los materiales de que este se forma; y los segundos y terceros sirven de combustible, siendo de advertir que de combustible sirven también, aunque escasamente, los primeros.

Las respectivas cantidades de esos ingredientes que aproximadamente necesita á diario un individuo, por término medio, puede decirse que son: de 100 á 120 gramos de albuminoides, de 50 á 60 de grasas y unos 400 de hidratos de carbono, además de 25 de materias minerales y cosa de kilogramo y medio de agua ó bebida que lo valga. Y para que se tenga alguna idea de la relación en que está el peso de esos ingredientes con el respectivo de los alimentos que los contienen, diremos que, con 250 gramos de carne de vaca, 300 de patatas, 100 de ciertos quesos, 500 de pan, y 10 de sal, que tomásemos, habíamos ingerido, á poco más ó menos, de los apuntados ingredientes.

los sólidos, que son todos, á excepción del agua.

Ahora bien, hay que tener cuenta por un lado de tres cosas: lo que se ingiere, lo que se digiere y lo que se consume, porque no se digiere todo lo que se ingiere, ni el organismo consume todo lo que digiere; y por otro lado ya hemos dicho que el cuerpo que haga trabajo necesita más elementos, y por tanto, más ingredientes, y, en consecuencia, más alimento que el que no lo haga. Así, un hombre que, por ejemplo, tome al día manjares que le suministren 100 gramos de proteína, 65 de grasa y 330 de hidratos de carbono, podrá muy bien digerir 93 de los primeros, 62 de los segundos y 320 de los terceros; pero si no trabaja nada, consumirá, se asimilará sólo 78 gramos de proteína; pero de grasa consumirá 100 gramos, teniendo, naturalmente, que sacar de su propio organismo los 38 de diferencia entre los digeridos y los consumidos (en combustión). Y si el hombre de que tratamos hiciese durante ocho horas trabajo material, podría muy bien consumir 260 gramos de grasa, teniendo entonces que sacar del propio organismo cosa de 200.

Es de advertir otra vez, porque algo de esto hemos dicho ya, que si la proteína ó los albuminoides, y, con más razón, las grasas pueden sustituir á los hidratos de carbono (almidones y azúcares) es sólo en medida limitada. Ni tampoco, dentro de los mismos hidratos, pueden sustituir por completo á los azúcares los almidones (almidón y fécula). La experiencia, más que la ciencia, lo dice y lo demuestra. De manera que lo que hemos dicho del azúcar en el capítulo anterior queda en pie. Hoy, en los países civilizados, sea por lo que sea, y haya sido lo que haya sido en otras épocas, hace falta al hombre azúcar, mucha azúcar, si ha de conservarse sano y fuerte. Y, además de azúcar, otros ingredientes determinados que no pueden sustituirse sino muy limitadamente entre sí, ni por otros extraños aunque parezca que estén formados de los mismos elementos químicos, pues no ha de perderse de vista que al aparato digestivo no le es igualmente fácil sacar lo que necesite de un ingrediente ú otro que los contengan, y de muchos no los sacaría en absoluto ni fácil ni difícilmente. Después, de sabido esto, y considerado lo que hemos expuesto, que son números,